¿QUÉ PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE - DIRECTOR, JOAQUIN PEREZ MADRIGAL - AÑO X - N.º 496 - 30-VI-973

El Sr. Nuncio, contradictorio y confuso

Por Santiago JUNQUEIRO

Eso aparece más claro que el agua en la entrevista concedida al diario «Pueblo», que vemos en su número del 9 de junio. Esperamos que alguna de las bien cortadas plumas con que cuenta este semanario analice a fondo las declaraciones y les dé contundente respuesta. Las cosas no pueden quedar así. Entre tanto, si al director le parece bueno, ahí va un resumido avance.

Y sea nuestra primera palabra para el mencionado vespertino. Reflexionando sobre las cuestiones que al representante del Vaticano propone el reportero, uno no sabe a qué carta quedarse, si se trata de poner en aprieto al entrevistado, cantándole las cuarenta, o si con apariencia de aprieto se busca sembrar a voleo el pensamiento del nuncio, el mismo que el del diario. Porque como a estas alturas nadie ignora el sentir de monseñor Dadaglio, y hay que dar por descontadas las respuestas, ¿a qué preguntarle? Pero uno sale de dudas leyendo en el mismo número de «Pueblo» la presentación y comentario de la entrevista. Se nos dice: «Toda la entrevista está impregnada de sinceridad.» ¡Santo Dios! «Entrevista que puede clarificar muchos aspectos de unas relaciones» (Iglesia-Estado). ¡Santo Dios!, repetimos. Bien se desprende que el entrevistador comulga más del nuncio (para eso es sacerdote) que del Régimen y su Gobierno.

Y vamos con el REPRESENTANTE del Vaticano. Si «representante», sabremos lo que allá se guisa. «Si el Papa está bien enterado —más de lo que se cree— de lo que aquí pasa», ¿por quién lo está? ¿Y de qué está enterado, visto lo que el nuncio ha declarado a «Pueblo»? A cuenta se me acude la sentencia bíblica: en el mucho hablar no faltará pecado. O si ustedes quieren, quien mucho habla, mucho yerra... Se ha olvidado aquí que en boca cerrada no entran moscas.

¿Sinceridad, según «Pueblo»? Aguántense la risa. Se pregunta al nuncio si la Iglesia de España no está dividida: «No..., creo que está unida, aunque no haya en todo unanimidad.» Pero más adelante hay esta otra pregunta: «En definitiva, ¿quién está haciendo más daño a la Iglesia española?» Y se responde: «*Por lo menos, lo que me causa más pena, lo que más me preocupa es, no digo las diferencias, SINO LA DIVISION.*» (Subrayamos nosotros.)

En qué quedamos. La sinceridad, la veracidad están en entredicho y contradicción manifiesta. Otra contradicción: «Pero en este momento —aprieta o simula apretar el periodista—, ¿quién manda en la Iglesia española?» «¿Es absolutamente obediente a Roma?» «Sí, Sí.» Sin embargo, cuando se requiere al nuncio sobre la preocupación del Papa, «más enterado de lo que se cree de lo que aquí pasa», Dadaglio cree que lo que quiere el Papa «es renovación sin prisa, hecha con serenidad y sabiduría». Luego está claro: hay precipitaciones, y no resplandecen ni la serenidad ni la sabiduría. Las normas del Papa se toman como el pito del sereno. ¡Cuántos ejemplos se podrían traer!

¿Principales responsables del desbarajuste? Evidentemente, los señores obispos. ¿Son obedientes a Roma? ¿Hoy también «la fidelidad tradicional española a la Santa Sede?» Repitamos que quien mucho habla, mucho se contradice. Ya sabrá el entrevistado la declaración a «Sábado Gráfico» de monseñor Tarancón: «Nos movemos con pasos bien pensados (y tanto), con moderación.» Entonces, ¿quién dice la verdad? ¿Tarancón, Dadaglio o Pablo VI? ¿No serán cañas agitadas por el viento que sopla? Por lo menos, el primero de los tres, que también ha dicho, quedándose tan fresco: «Si la Iglesia es progresista, yo seré progresista; si reaccionaria yo reaccionario.» Es decir, extremista. Pues yo no, señor cardenal. Sin embargo, qué poco le simpatizan los extremistas, los de derecha, claro está. ¿Y dónde están? Si la violencia trae la violencia, como también ahora nos recuerda el nuncio, ¿qué grupos violentos han surgido primero, provocando violencia? ¿No se añade que *cada cual tiene derecho a defenderse*? Hacemos, pues, nuestra su pregunta: ¿De quién la responsabilidad? ¡Y qué fácil y certera (?) ve el nuncio la respuesta, implícita en la acusadora pregunta!

Siguen los enredos por ese afán de divagar, equivocar y andarse por las ramas. Confiesa el señor nuncio que sacerdotes y obispos deben acatar las leyes de su país. No faltaba más. Viene a cuento de los sacerdotes que se fuman las leyes, hasta utilizando armas y violencia, si se presenta el caso. Y el nuncio se pregunta, *ingenuamente*, si se han dado tales casos. Y en el supuesto, «*¿qué?, porque hay situaciones que justifican ciertas actitudes.*» Increíble en boca de un nuncio. Increíble la añadidura de que casos como ésos no sólo se dan en España. Luego será cierto que mal de muchos consuelo de tontos. Como quiera el nuncio; allá él. Yo no me tengo por tan tonto.

Si se pregunta por los errores de la Iglesia española, y en especial su actitud en la Cruzada, después de divagar, todo se resume en que *el problema es muy profundo, y no puede despacharse en dos palabras.* ¿Cómo no? Empléense cuatro: guerra santa, legítima y obligada. No es bastante decir que no tenemos derecho a despreciar lo que nuestros mayores hicieron. Entre no despreciar y positivamente aprobar hay un abismo. Se olvida el nuncio de lo dicho en otro lugar: *cada cosa puede ser buena a su tiempo.* Menos aquí, por lo visto. Gracias a esa Cruzada no están hoy entronizados en el altar de San Pedro la hoz y el martillo, como lo hubiera estado la Medialuna, según expresión de Castelar y Azorín, sin nuestra lucha contra el Islam.

Y a este tenor toda la entrevista (casi tres páginas), de la que apenas hemos entresacado. Pero no terminemos sin consignar algunas ocurrencias. Así, la de que el Estado nada tiene que ver en el nombramiento de los auxiliares, como la Iglesia no se mete a nombrar gobernadores. ¡Brava y exacta comparación por cierto, aducida ya en otras ocasiones! Pero vale para los tontos y mentalizados. Así, la de que caso de necesitarse en España un Suenens, nuestra nación no tiene por qué vivir de prestado, pues ha dado hombres gloriosos a la Iglesia. O sea, que Suenens, *nombre glorioso.* Así también la ocurrencia de que no sólo es cuestión de renunciar el Estado a los privilegios, sino la forma en que se renuncie, como si el Estado no pudiera objetar otro tanto, vistos los desafueros clericales, de los que hay para rato.

Finalmente, que la Iglesia puede hablar de esto y lo otro, de lo que se le antoje, como puede antojársele al pueblo, ya que «la Iglesia es la voz de la conciencia de los hombres». Con todo respeto, me permito disentir, porque para mí, la cuestión es a la inversa: que la voz del pueblo ha de responder a la conciencia de la Iglesia, depositaria de la Revelación. Y si no, dígaseme: cuando el día de Pentecostés, constituida oficialmente la Iglesia, comenzaron los apóstoles su predicación, ¿su voz era la de la conciencia de los hombres de aquel tiempo, judíos y paganos? Ni lo pudo ser ni lo sería después hasta hoy. ¡Apañados estábamos si la voz de la Iglesia ha de ser la conciencia de los hombres! En el supuesto, no vería por qué la Iglesia tuviera que hablar.

Y porque no nos resignamos a comulgar con ruedas de molino; porque no sufrimos se nos tenga por tontos y se trate de desorientarnos, etc., por eso se dice que «criticamos con desprecio y casi con odio... ¿NO?» Pues no, monseñor. Es mucho hablar tajantemente de odio por boca de nuncio apostólico. *El espíritu de crítica*, según reciente sentencia judicial, *es sano, aunque expresado de manera apasionada, como corresponde a los signos de los tiempos.* ¿Que no es cuestión de apasionamiento, sino de desprecio? Bueno, a fin de cuentas, el desprecio resultaría *mutuo*. ¿Y de quién la responsabilidad? Porque la violencia provoca violencia, y como el nuncio también ha dicho, *hay situaciones que justifican ciertas actitudes.* ¿O es que sólo él lo puede decir?...

15 PTAS.

Desde Zamora

REFLEXIONES ANTE UNA NOTA PASTORAL

Junta Directiva del «Sínodo del pueblo de Dios», de la Diócesis de Zamora, ha redactado el siguiente escrito, que insertamos para la debida información de nuestros lectores:

«Nuestro querido obispo, Mons. Buxarrais, ha redactado una nota pastoral para orientarnos a los fieles sobre los últimos acontecimientos en la diócesis. Nota pastoral cuya difusión ha prohibido; esta actitud paradójica nos pone en la imposibilidad de reproducirla, como sería nuestro deseo, con objeto de que la voz de nuestro amado pastor llegase a sus desconcertadas ovejas.

Ahora bien, creemos obligado en conciencia hacer algunas puntualizaciones a dicha nota, siempre con la comprensión y el amor cristiano que el Evangelio y nuestro obispo nos demandan. Son las siguientes:

1.° En su Decreto «Christus Dominus», relativo a los obispos, dice el Concilio Vaticano II lo siguiente: «En el ejercicio de su deber de enseñar anuncien a los hombres el *Evangelio de Cristo*, deber que descuella entre los principales de los obispos, *llamándolos a la fe por la fortaleza del Espíritu o afianzándolos en la fe viva*, propónganles el *misterio íntegro de Cristo, es decir, aquellas verdades cuya ignorancia es ignorancia de Cristo, e igualmente el camino que ha sido revelado por Dios para glorificarle*, y por eso mismo para alcanzar la *bienaventuranza eterna*.»

Insertamos el texto íntegro y subrayado porque creemos que así quedan bien claro lo que el obispo debe enseñar y ordenar enseñar en su diócesis.

2.° Coincidimos totalmente con nuestro respetado obispo cuando califica de triste y lamentable que la situación creada haya servido para apoyar diversas opciones políticas. Humildemente recordamos que la situación ha sido creada por quien impulsó, autorizó, elogió y sigue elogiando la actuación pública en las Semanas Teológicas de los señores Ruiz Giménez, González Ruiz, Martín Descalzo, Jiménez de Parga, P. Llanos, etc., cuyas opciones políticas fueron ampliamente expuestas en la oportunidad que se les brindó.

Si se ofrece una tribuna «teológica» a la opción política democrática, anarquista o marxista hay que ofrecérsela a las demás o atenerse a las consecuencias.

3.° Lamentamos profundamente la total falta de caridad que revela la nota pastoral cuando insinúa que personas o grupos de la diócesis (¿Cabildo?, ¿Curia Diocesana?, ¿Acción Católica?) actúan movidos por la autodefensa de una situación personal de bienestar, prestigio o intereses menos nobles. Es un gravísimo juicio temerario que nadie puede compartir.

4.° Cuando un sacerdote, como lo es el P. Llanos, habla en una Semana Teológica que se desarrolla en el Seminario, en acto autorizado por el obispo, y hace «afirmaciones imprecisas discutibles» en cuestiones doctrinales, no cabe el silencio de la jerarquía, que, naturalmente, es interpretado por los asistentes como conformidad. Un episodio semejante ocurrió en Zaragoza, también con el P. Llanos, y el obispo de aquella diócesis hizo inmediatamente las salvedades oportunas. Poner a posteriori como criterio interpretativo la cualidad de «publicista» del conferenciante cual si fuera patente de corso para difundir errores o ambigüedades resulta grotesco.

5.° Ni entramos ni hemos entrado en el aspecto político de la homilía del señor Magistral, pero es evidente que si en una Semana Teológica se defienden opciones políticas antirrégimen, hay que aceptar que, con mayor derecho, en una homilía se rinda homenaje a las autoridades civiles, pues, al fin y al cabo, como enseña S. Pablo, «... no hay autoridad sino por Dios, y las que hay por Dios han sido ordenadas, de suerte que quien resiste a la autoridad resiste a la disposición de Dios, y los que la resisten se atraen sobre sí la condenación...» (Romanos 12, 1, 2).

6.° Celebramos que el Instituto Teológico Diocesano «San Ildefonso» continúe sus actividades, pero consideramos inexcusable que quienes ocupen su tribuna sean teólogos y no «publicistas», expongan doctrina segura y no «afirmaciones imprecisas discutibles», y se eliminen de ellas definitivamente las opciones políticas personales de quienes disertan. Si, a pesar de todo, esto no es tenido en cuenta, rogamos encarecidamente a nuestro amado prelado que disponga el cambio de denominación de estas actividades y que, en lugar de «Semana de Teología para seglares», se presenten como «Semanas de agitación política para seglares» o algo análogo que responda a su verdadero contenido y evite confusiones.

7.° Declaramos que este Sínodo desea un abierto y franco diálogo en la Iglesia diocesana y que el mayor obstáculo para el mismo son los métodos dictatoriales y antieclesiales que se vienen empleando, de lo que son ejemplo las destituciones en cadena, la calumnia contra quienes, en uso de su derecho de hijos de la Iglesia, discrepan en cuestiones discutibles, y la presión moral sobre los medios de comunicación social para reducirlos al silencio. Tales hechos desdicen en la práctica supuestas renovaciones, aperturas y pluralismos tan proclamados en teoría.

Estas puntualizaciones las hacemos en obsequio a la verdad, que es el fundamento de la caridad cristiana.

Zamora, 1 de junio de 1973.

Firman el presidente y vocales de la Directiva.

¡Gracias, señor Magistral!

Por A. TIZA

No; no estamos solos. Jesús nos lo dijo: «YO ESTARE CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS» y EL ESTA; está en usted, señor Magistral de la S. I. C. de Zamora, que defiende nuestra fe y defiende a la Iglesia. Sí, está aquí... y allí..., en pocos sitios, en verdad; pero ESTA, y nosotros, seglares traicionados en nuestra fe, acosados, perseguidos por los mismos puestos por Dios para defendernos, alentarnos, iluminarnos, tenemos ya a quién oír, a quién mirar, a quién imitar.

Jesús lo dijo, señor Magistral, y usted lo sabe: «El que quiera salvar su vida, la perderá, y el que la perdiere por amor a Mí y al Evangelio, la volverá a encontrar», y hoy son muchos los que quieren salvar su vida, esa vida efímera, terrena, que se arrastra mísera por este mundo mendigando bienestar... SALVAN su triste, su perecedera vida, y para salvarla con una dignidad, con una prebenda, con un cargo, entregan miles de vidas eternas de almas rescatadas con la sangre de Jesucristo y con las lágrimas de María. Usted no, señor Magistral; entre ese enorme ejército de extraviados en su ministerio, se destaca su figura valiente, fuerte, con la fortaleza que infunde el Espíritu Santo, y avanza en defensa de la grey de Cristo que los lobos están destrozando... «EL QUE PERDIERE LA VIDA POR AMOR A MI...» Usted la pierde, señor Magistral; usted pierde esa pobre y triste vida que sin Dios, sin el amor de El, no vale la pena de ser vivida; la PIERDE para ganarla eternamente. Persecuciones, calumnias, infamias, caerán sobre usted, pero nadie le podrá arrancar la paz y la alegría del alma, porque ha hecho lo que Cristo le pidió un día: «HA DADO SU VIDA POR SUS OVEJAS», *las de El* que usted ama, por serlo, más aún que si fueran suyas propias... Y la Iglesia, la VERDADERA Y UNICA IGLESIA, va contando con sus obispos santos, con sus santos sacerdotes que en esta hora tenebrosa aparecen esparciendo luz. No, no está todo perdido; tras el terrible holocausto del sacrificio de los mártires de nuestra Cruzada, otro martirio; el del alma de la Iglesia de España y ya, en él, los primeros mártires... El santo obispo Gúrpide, perseguido hasta morir por sus mismos sacerdotes...; Monseñor Morcillo, sacrificado a golpes de disgustos y de pruebas..., y otros y otros... Es la nueva y más terrible crucifixión de España, impulsada ahora también, como aquella de Cristo, por los SUMOS SACERDOTES Y LOS DOCTORES Y ESCRIBAS...

Usted no ha dejado a Jesús solo en este nuevo Getsemaní, mientras otros duermen o hacen que duermen... No lo ha negado tampoco ante tantos que no tres, sino miles de veces lo niegan cada día... Usted *«está en pie, firme con María y todos los santos que han permanecido fieles junto a la cruz de Jesús»*; por eso, ¡GRACIAS, SEÑOR MAGISTRAL DE ZAMORA!, y que en esta hora, terriblemente dramática de la Iglesia de Cristo, Dios y su Santísima Madre lo bendigan como con alma agradecida le bendecimos nosotros.

¿QUE PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE

(Depósito legal: M. 7-1964)

DIRECCION Y REDACCION: Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	15 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	350 ptas.
Anual	650 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	700 »
Países de Europa, suscripción anual	900 »
Resto del mundo, suscripción anual	1.000 »

Por si sirve de algo

Políticamente había que "degollar" a Lerroux... y lo "degollaron"

Por Joaquín PEREZ MADRIGAL

Estamos en el año 1933.

Don Alejandro Lerroux, envalentonado ante los descalabros de Azaña y sus huestes, planteó en el Parlamento un agrio debate. Pidió la dimisión del Gobierno. Se cruzaron amenazas de escaño a escaño. Esto ocurría el 6 de septiembre... El día 9 se produjo la crisis total. Sin duda, la maniobra de alto estilo ya estaba preparada. El propio día 9 se entregó a la prensa la siguiente nota:

«Terminadas las consultas, el Presidente de la República ha creído que procedía resolver la crisis en el sentido de una cambio de Gobierno. Al encargar la formación de otro nuevo, se procurará en los componentes una concentración netamente republicana con la amplitud que la transacción entre los distintos elementos permita, entrando desde luego en ella el partido radical, y en los propósitos, el de alternar con el presupuesto, la continuidad de otras tareas legislativas necesarias, y afirmar, para bien de la tranquilidad ciudadana, la concordia de los republicanos dentro de cuyo significado genérico, es acentuado matiz, pero nunca contraposición, el partido socialista. Trazada la solución que se estima preferible en estas circunstancias para el problema fundamental, o sea carácter y finalidad inmediata del Gobierno, se procederá sin demora a dar encargo de constituirlo. El Presidente reiteró al dimisionario y a los compañeros de éste las muestras de su estimación y amistad.»

¿Qué había pasado para que, de crisis a crisis, se hubiera operado cambio tan notable? ¿Advierten ustedes la nota abierta, liberal y cordialísima de los «cipayos» para con el partido radical del señor Lerroux y para con el Jefe del Estado? ¡La maniobra de alto estilo estaba en marcha! Para degollar a Lerroux había que llamarle, consentirle, atarle al *banco azul*. En ello coincidían, en la degollación de don Alejandro, los señores Alcalá Zamora, Azaña, marxistas, masones y separatistas. ¿Por qué? Vamos a verlo.

En Lerroux *se temía* que, andando el tiempo, se constituyera un Gobierno bajo su jefatura inclinado a integrar un bloque conservador de derechas, en el que entrarían arrolladores el señor Gil Robles y sus cientos de miles de partidarios de toda España. Lerroux estaba llamado a ser, con su partido, el puente abierto a la entrada en la Democracia de las fuerzas nacionales reaccionarias que, fatalmente, habrían nacionalizado la República, entroncándola en una tradición española refractaria a las presiones secesionists, masónicas y soviéticas. Esa perspectiva Lerroux y esa incorporación a la República de aquellas fuerzas católicas que nacionalizarían un Régimen que se quería «desnacionalizante», inspiró a los hombres y a los partidos del Pacto de San Sebastián, en aquella primera crisis política profunda, designar a Lerroux y su partido para la formación del Gobierno que relevase al de Azaña, pero con el designo, ya bien articulado, de llevarle a las Constituyentes y aniquilarle allí constitucionalmente, invalidándole a Lerroux para que no fuese éste, el viejo republicano histórico y español sin injertos, el que disolviese las Constituyentes y convocase y presidiese las elecciones de otro Parlamento que verdaderamente reuniese a los auténticos mandatarios de la Nación medio sacrificada, de la Nación que había de ser sacrificada enteramente.

¿Se extrañaron ustedes de los melifluos términos de la nota resolutoria de la crisis? Pues mucho más deben extrañarse ustedes de esto otro. Todos los partidos de izquierda, con Azaña a la cabeza, le ofrecieron a don Alejandro Lerroux incondicional apoyo para la formación de su Gobierno.

Mientras se tramitaba la crisis, se celebraron, el día 10, las elecciones en las Universidades y los Colegios de Abogados para designar sus vocales del Tribunal de Garantías Constitucionales. Se produjo otra derrota para Azaña y su equipo. De los seis vocales elegidos, cuatro pertenecen a la oposición. Los Colegios de Abogados copan los puestos: eligen en primer lugar a don José Calvo Sotelo, víctima perenne de las persecuciones más crueles por parte de la República.

El día 11 ya tiene Lerroux formado su Gobierno. Queda constituido así:

«Presidencia, Lerroux; Estado, Sánchez Albornoz (de Azaña); Guerra, Rocha (radical); Justicia, Botella Asensi (radical-socialista); Hacienda, Lara (de Martínez Barrio); Gobernación, Martínez Barrio (Grado 33); Marina, Iranzo (independiente); Instrucción Pública, Domingo Barnés (radical-socialista); Trabajo, Samper (lerrouxista valenciano); Obras Públicas, Guerra del Río (radical); Agricultura, Feced (radical-socialista); Industria y Comercio, Gómez Paratcha (de la O. R. G. A.-Casares Quiroga); Comunicaciones, Santaló (Esquerra catalana).»

El señor Lerroux había formado Gobierno. No se le dio el decreto de disolución de Cortes. Tendría que presentarse a ellas. ¿Lerroux iba a presentarse a las Cortes Constituyentes? ¿A gobernar con ellas? ¡Claro! En eso estribaba la maniobra para su degollación.

Desplazado el marxismo, empezaba a actuar la Masonería. Don Alejandro Lerroux escribiría después —según «La Historia de la Cruzada Española»—, pág. 643 del tomo V, lo siguiente:

«Don Niceto me ofreció el Poder, pero aconsejándome que intentase gobernar con aquellas mismas Cortes Constituyentes. Traté de hacerle ver lo inútil del intento.

—Es necesario —me decía don Niceto—, para demostrar ante la opinión que existe un estado de fraternal inteligencia entre las fracciones republicanas y que la opposición del partido radical ha sido objetiva y política y no personal... Así se descubrirá si las demás fracciones obraban tan desinteresadamente como la que usted dirige.»

¡Qué curiosa coincidencia la del consejo de don Niceto con la conformidad de Azaña con el sesgo dado a la crisis del Gobierno de los *cipayos* de las Internacionales!

Lerroux fue a las Cortes. Miguel Maura, que habría pensado formar Gobierno él, anunció que haría una ruda oposición al Gobierno recién formado. Los socialistas acordaron pasar a la oposición. Publicaron el día 19 una nota rompiendo todo compromiso con los grupos republicanos de izquierda, que han dado hombres de sus filas para que Lerroux constituyera Gobierno.

El día 1 de octubre, en un mitin que celebran los socialistas en el cine Europa, se pone de vuelta y media al presidente de la República. Los socialistas no le perdonan el que los echara del Poder. *Se nos ha expulsado de una manera indecorosa* —clamaba Largo Caballero—. *Nos indigna esta conducta. En 1931 expulsamos al que era Rey, pero su espíritu continúa en el Palacio de Oriente.* Arremete en seguida contra Lerroux y su significación inmoral y reaccionaria. *No nos interesa su declaración ministerial* —dice Largo Caballero—. *Nosotros no votaremos la confianza a Lerroux.*

A la salida de aquel mitin, las muchedumbres socialistas y ugetistas cantaron la Internacional, profirieron vivas y mueras, se produjeron disturbios y la fuerza pública tuvo que intervenir y disolver, con *atenuada* violencia, a los manifestantes.

El día 2 de octubre se presentó Lerroux, al frente de su Gobierno, en las Cortes Constituyentes. Iba al sacrificio. Sabía lo que le esperaba.

Don Alejandro expuso a los diputados su programa: restablecer la disciplina social, robustecer el principio de autoridad, amnistía. Y sobreviene lo insólito. Las izquierdas republicanas, que tienen a ministros de sus partidos en el Gobierno de Lerroux, arremeten contra éste. ¿A qué le dieron facilidades, le prestaron ministros y le prometieron sólido apoyo? En conexión con esta incalificable repulsa, Indalecio Prieto presentó una proposición de censura contra el Gobierno recién constituido. ¿Qué era aquello? Lerroux sospechaba que los del Pacto de San Sebastián, con el Presidente de la República a la cabeza, no le permitirían disolver las Constituyentes y convocar las nuevas; pero no creyó jamás que los «conjurados» le apiolasen tan pronto. Ya estaba debatiéndose la proposición de censura de Indalecio Prieto. Cuando el jefe del Gobierno se levantó a hablar, abandonado incluso de los ministros que habían aceptado el nombramiento bajo su presidencia, Lerroux empezó así su discurso: «Señores diputados, los que van a morir os saludan».

Las fieras de aquel circo romano eran las hienas parlamentarias que había soltado la Masonería contra el viejo tribuno que quería españolizar, nacionalizar la República, arrebatándosela a las Internacionales Satánicas.

En efecto, en aquella sesión de Cortes del día 2 de octubre, Indalecio Prieto y Azaña atacan, escarnecen, vilipendian a Lerroux. Piden que se vote la censura formal al Gobierno. Don Alejandro quiere eludirla. Se ha percatado del cepo a que ha sido empujado. Pero socialistas, separatistas, masones, fortalecidos por la autoridad del presidente de las Cortes, señor Besteiro, socialista, que preside y estimula, atan al *banco azul* a Lerroux, enviado a las Cortes por el presidente de la República para que le degüellen... Azaña se encara con Lerroux y le quita los ministros que le ha dado. Los catalanes de la Esquerra desautorizan también a los que fueren designados ministros con el consentimiento del partido. Los radicales-socialistas, los federales, la O. R. G. A., igual. Ya está Lerroux atado al potro. Ya se agita convulso, impotente. Martínez Barrio (Grado 33 y clave de la tragedia), sentado a su lado, ni siquiera le conforta con una mirada compasiva.

Lerroux, convencido de que nada tiene que hacer, inicia su retirada. Va a abandonar el hemiciclo anunciando previamente que su Gobierno está en crisis y así se lo va a notificar al Presidente de la República. Pero las oposiciones, enfurecidas, se lo impiden. Besteiro, presidente de la Cámara, inusitadamente agrio y enérgico, le conmina al jefe del Gobierno a que permanezca allí hasta que concluya el debate y se vote la moción de censura. Don Alejandro, respetuoso como siempre con las instituciones del Régimen, tiene que apurar el cáliz hasta las heces. Yo le grité al señor Besteiro:

—¡Su señoría, a veces, parece un «gentleman»! ¡Hoy ha venido vestido de pana y cubierto de mugre!

Había que votar la proposición de censura al Gobierno. Según el Reglamento de las Cortes, votaciones de esa trascendencia no podían verificarse sino a los cinco días de haber sido presentada la proposición. Pero allí no había Reglamentos, ni Leyes, ni diputados. Aquello era una facción. Lerroux se fue, por fin, entre denuestos. Don Miguel Maura también. *Yo no puedo autorizar, con mi presencia* —dijo don Miguel Maura— *ni con la presencia de mis amigos el funcionamiento de este Parlamento, que es una Convención.*

En resumidas cuentas, que la moción de censura contra el Gobierno se votó por 189 votos contra 91. Se habían conseguido los objetivos propuestos por el mando secreto. Ya no podría disolver las Cortes Constituyentes don Alejandro Lerroux. ¿Por qué? Porque en la Constitución había un artículo, el 75, que iba a vedársela. Este artículo iba a ser el que apretaría al cuello de Lerroux la soga de la crisis que le degollaría.

En el número próximo (D. m.) aclararemos esto.

Desde Barcelona

Breve crónica de las calamidades ya crónicas

Por FRAY C. SANTE

Los católicos barceloneses hemos leído con especialísima atención la carta que el pasado 23 de mayo ha dirigido monseñor Henric L'Eureux, obispo de Perpignan, al arzobispo de Barcelona, cardenal Narciso Jubany Arnáu, días después reproducida, con una previa nota del cardenal Jubany, en la prensa diaria. En ella el prelado del Rosellón le hace compartir al de Barcelona la dolorosa preocupación de que cada fin de semana y cada día festivo acuda desde España «una considerable afluencia de visitantes españoles» con el propósito de asistir a «films y espectáculos indecentes y por los juegos de dinero, contra los cuales la moral pública no tiene, actualmente en Francia, recursos legales», y por ello dicho prelado pone de relieve «las responsabilidades francesas en este asunto» y las «ganancias indiscutibles» para no pocas empresas del cine, de los espectáculos no cinematográficos, los vendedores de publicaciones, los establecimientos hoteleros, las empresas de publicidad, de transporte y «otros negocios», que aunque no los cite ya sabemos cuáles son.

Según tan importante testimonio episcopal, resulta que en Francia se están hinchando de ganar dinero con todo aquello que con toda razón no se permite en España proyectar ni exhibir por sus autoridades, lo que no es poco mérito ante Dios para nuestros gobernantes al no causarles a los obispos españoles tales problemas. Aquí, aunque por motivaciones distintas a las de la carta del prelado rosellonés, son no pocos obispos españoles los que en realidad crean, o promueven, o alientan, con sus actitudes y escritos, situaciones conflictivas que los gobernantes franceses no les tolerarían.

Digna de todo elogio es la carta de monseñor L'Heureux al defender la moral, hacer denuncias muy concretas sobre cines, espectáculos, juegos y ciertas clases de hoteles con clientes de dos en dos. Es misión suya y la cumple debidamente. En España, monseñor Enric L'Heureux no habría tenido motivo para escribir semejante carta porque los poderes públicos no permiten que se llegue a tales situaciones extremas ni en los espectáculos ni en otras clases de diversiones y bajos fondos. Concretamente, en Barcelona, la vida del hampa, la prostitución, las «boites» y ciertos «hoteles» conocen la expeditiva represión. Este hecho merece los máximos elogios y la más intensa gratitud de los católicos barceloneses y de las personas decentes en general hacia su gobernador civil, don Tomás Pelayo Ros, caballero ejemplar, que ha sido el único que en los cien años de existencia de «El Molino» se ha atrevido —¡en Barcelona!— a clausurarlo por tres meses muchísimo antes de llegarse a los extremos que denuncia con toda razón el obispo de Perpignan.

A la carta del obispo de Pegpignan publicada en los diarios le antecede una «nota del cardenal Jubany» a sus diocesanos barceloneses, uno de cuyos párrafos dice así: «Agradeceré mucho, y lo agradecerá sin duda monseñor L'Heureux, a los cristianos y a las personas preocupadas por este problema, las sugerencias que tengan a bien hacernos llegar en orden a la reflexión común y a la acción concertada que solicita monseñor L'Heureux, al cual desearía dar respuesta positiva en la medida de lo posible.» ¡Pasmoso! ¡Insólito! ¡Como si en la teología moral no existieran soluciones pastorales relacionadas con el problema! Claro es el resultado cuando se queman los libros de teología «porque no sirven»; se piden sugerencias como si ni la doctrina ni el magisterio pudieran aportar soluciones pastorales.

¿Dónde está entonces la tan reiteradamente invocada «pastoral» de los actuales pastoralistas? ¿Acaso los problemas de índole moral son alguna vez solucionados con sugerencias como si de la actuación de un club se tratase? Mientras tanto, en la archidiócesis de Barcelona ha decaído extraordinariamente la predicación sagrada; hace ya bastantes años que no se celebra la Santa Misión; han perdido vigor los actuales Ejercicios Espirituales; en las parroquias ya no se organizan círculos de estudios sobre las verdades de la fe; no se predica —y, por lo tanto, no se insiste en que se practique— la moral cristiana; apenas catequizan muy escasas parroquias a nuestra infancia; se bautiza según la voluntad y particular talante que a cada cura le pase por su caletre, con pretexto de cumplirse «normas pastorales» —forma descarada de poner dificultades—; se ponen dificultades en las primeras comuniones, imponiendo condiciones contrarias a las tradiciones de las familias católicas; las parroquias suprimen, en bastantes zonas arciprestales, los entierros eclesiásticos; se predican en no pocos templos herejías a todo pasto, etc., etc.

En resumen: se aplica en la vida eclesiástica de numerosas zonas parroquiales el principio de que la fuente de todo bien es la libertad de acción de la pastoral, y el testimonio temporal que invoca constantemente el espíritu del Concilio Vaticano II, tratando a los fieles —el pueblo de Dios— como si de rebaños se tratara, «comunitariamente», lo que por reacción motiva que cada cual haga lo que le plazca.

Aun están en el recuerdo del cronista ciertas frases del arzobispo de Barcelona, doctor Narciso Jubany, pronunciadas el sábado 29 de enero de 1972 con motivo de su toma de posesión de la sede arzobispal barcelonesa, en cuya homilía —auténtica perla de la crfebrería eclesial del Vaticano II— dijo: «A nuestros mismos ojos se está forjando una nueva cultura que proclama no necesita ni a Cristo ni a Dios» ... «Hoy ya no podemos apoyarnos en nuestras viejas tradiciones cristianas; ya no es válida la afirmación de una Barcelona totalmente católica» ... «La historia abre futuros cauces, en los cuales parece que el cristianismo —y, en general, toda religión que tenga un contenido dogmático definido— difícilmente podrá encontrar un lugar apropiado» ... considerando imprescindible «superar toda ética individualista, si se quiere obtener una verdadera paz entre los hombres».

Con tal situación en la diócesis, y tal esquema mental en el prelado barcelonés, poca ayuda podrán prestarle al prelado de Perpignan ni los organismos eclesiásticos barceloneses, ni su «apostolado especializado», ni nada de lo que se mueve hoy en la órbita del progresismo eclesiástico aquí predominante. Lo que queda claro es que son los gobernantes españoles los que con respecto a espectáculos, vida moral, etc., etc., actúan cristianamente.

● La *Hoja Informativa* de la llamada «Comunidad Cristiana de los Capuchinos de Sarriá», en su número del 31 de mayo, página 2, publica como «actividades sociales» lo siguiente: «El grupo de derechos humanos ha venido promoviendo diversas iniciativas tendientes a sensibilizar la comunidad, que sobre esta problemática tiene pendiente al país. En la *Hoja Informativa* última dabamos la noticia de la denuncia de torturas, habiendo respondido el arzobispo de Tarragona, monseñor Pont y Gol, diciéndonos que en la Conferencia de los Obispos de Cataluña «se trató extensamente sobre el asunto. La nota, con motivo del 1 de mayo, que en su día nuestra Conferencia hizo pública, quiso ser una respuesta ante unos hechos que últimamente se habían producido en nuestro país, más o menos semejantes al que usted apunta en su carta». La sintonía con las consignas de la subversión es, en este caso, exacta. Asimismo, en dicha *Hoja* se nos informa que: «El domingo 27, la comunidad se ha adherido a la petición de algunos obispos al Gobierno pidiendo una amnistía y la desaparición del privilegio clerical que significa la «cárcel concordataria» de Zamora, firmándola 438 hermanos.» Y como guinda que adorna el pastel nos informa que «en la colecta hecha este mes para solidaridad (ayuda a obreros despedidos), se recaudaron 127.500 pesetas».

Los comentarios y consideraciones de cuanto antecede puede por sí mismo hacerlos el lector, por cuanto estos hechos son idénticos a otros exactamente iguales por deliberada coincidencia.

Coinciden, por ejemplo, con una actitud deliberadamente comunistizante del obispo auxiliar de la diócesis de Madrid monseñor Oliver, el cual, en la capilla del Colegio Mayor Mara, de Madrid, entre otras afirmaciones dijo «que se puede ser cristiano y marxista» y «que no puede considerarse cristianos a los manifestantes del funeral del policía muerto». Ante actitudes semejantes de manifiesta concordancia con el comunismo, es naturalísima la indignación de la mayoría de los ciudadanos conscientes de cuanto representa de positivo el Régimen nacido del Alzamiento y Cruzada del 18 de julio de 1936, y convencidos de la infalibilidad del magisterio pontificio de Pío XI al proclamar solemnemente que «el comunismo es intrínsicamente perverso», por cuyo motivo «los católicos no pueden colaborar con él en ningún terreno». Pese a lo cual sigue en expansión la onda «católico»-marxista.

● El llamado «diálogo» y «contraste de pareceres» queda cada vez más puesto en evidencia, según se atestigua cada día en las conferencias, coloquios, sugerencias, colaboraciones periodísticas, participaciones literarias, etc. En ciertas capitales catalanas, los temas religiosos son motivo de división —a veces airada— de los asistentes. Otros temas ponen de relieve cada día la existencia de una España y una anti-España dentro de España que mantienen vivo entre tirios y troyanos una fidelidad a las respectivas posturas, que ponen de relieve que el «aperturismo» es el más infame y deliberado suicidio político.

En otras circunstancias, cuando no se oculta una intención progresista, el escándalo es mayúsculo y no faltan ocasiones en que los mismos organizadores aparentan asustarse de su propia obra. Parece como si el Régimen estuviese en disposición de admitirlo y resistirlo tranquilamente todo si andan por el medio curas, organizaciones «de apostolado», etc.

En cambio, en otras materias que no suscitan la pasión, el recuerdo y el propósito de revancha —conociéndoseles se les tolera y el país sigue adelante sin contar con ellos— se produce una inhibición completa.

Recientemente, en una importante localidad catalana se suspendió una conferencia cuyo carácter academico no podía infundir a nadie prevención alguna, y no fue por orden gubernativa, ni por indisposición o ausencia del conferenciante, ni por falta de fluido eléctrico. La conferencia se suspendió por falta de auditorio. Un caso idéntico sucedió tiempo atrás, según me han contado, en el Ateneo barcelonés, donde un conferenciante extranjero vio limitado su público a una sola mujer. Era su esposa.

Mal puede de esta forma prosperar el «contraste de pareceres». Y menos aún si están cerca las vacaciones. ¿Hace acaso también vacaciones la inteligencia? A veces, así parece.

«Exhortación parenética -según el obispo-, a no dejar títere con cabeza»

El P. José María de Llanos, apostante por el Señor Jesús, contra la Iglesia y el ministerio sacerdotal

«La Eucaristía, comida entre hermanos»

(Conferencia del P. Llanos, pronunciada en el Semanario de San Atilano, de Zamora, el 27 de marzo último.)

INTRODUCCION

Agradezco estar en Zamora; agradezco que me presenten como publicista. Porque el sacerdocio no es apellido, ni tampoco una profesión.

No les va a hablar a ustedes un teólogo profesional, sino un hombre que, a pesar de sus años, sigue con la pretensión de servir desde esa línea insensata del público, de la publicidad.

No vamos a hablar de ciencia ficción, pero sí de teología ficción. Se puede ir puntuando, al tratar de un tema tan fácil como es la teología ficción, porque se trata solamente de imaginar cómo ha de ser el cristianismo de mañana.

Por supuesto, no vamos hacer ninguna profecía en el sentido clásico de la palabra. Profeta es el que ve el futuro y lo pregona: esto sería una ridiculez; yo no veo futuro ninguno, aunque lo haya. Pero sí creo que interesa y podríamos hablar de la primacía de la preocupación por el mañana más que por el hoy. Todos decimos que el cristianismo está en crisis, lo cual no debe ser tan malo. La crisis es una señal de vida... Si está en crisis, no nos basta con resolver las papeletas de cada día, no nos debe bastar. Creemos que el cristianismo dice algo más que conservar, y algo más que resolver cada día el lío nuestro de cada día, sino proyectar, ver hacia dónde vamos o, si quieren ustedes mejor, ver hacia dónde sopla ese Espíritu misterioso, el único Protagonista del Movimiento cristiano.

Atender el mañana, además, preocuparnos por el mañana y no sólo por el hoy es algo profundamente evangélico y es la manera más eficaz de ir resolviendo este hoy que a todos a veces nos llena de problemas, nos llena de perplejidades. ¡Creemos en el espíritu! Si quieren ustedes que partamos de un acto de fe, partamos de aquí, de que todos los que estamos aquí presentes creemos en el Espíritu y el Espíritu que Jesús nos dejó como única herencia.

Por más que nos empeñemos y se hayan empeñado en meterio en una jaula, el Espíritu revolotea, por decirlo con imagen clásica, fuera de toda jaula y de toda manera de enclaustrar. Creemos en el Espíritu al tiempo que creemos en otro mundo «en la vida perdurable».

Que decimos sinceramente nuestro símbolo, cuando hablamos del futuro. Jesús dijo que volverá. Deja el Espíritu y dice que vendrá. Creo que ha sido bastante corriente olvidar que estamos de cita más que de visita. Estamos de cita esperando a Jesús, que tiene que volver. No deja de ser incómoda la actitud de la persona citada que está dando vueltas en la calle ante una puerta, aguardando a aquel que dijo: «No os preocupéis que yo vendré.» Creo que esto que he llamado teología de imaginación o teología de ficción tiene como punto de partida esta fe en el Espíritu, fuera de toda jaula, por encima de toda jaula, y esta actitud expectante, actitud cansada, porque ¿quién no se ha cansado de esperar, si llevamos tantos siglos esperando que vuelva el Señor? Desde aquí, si quieren ustedes, podemos continuar según una serie de puntos...

Me acuerdo de aquello que decían en la Sorbona los estudiantes de París, cuando sus revueltas... No demos «la imaginación al poder», pero sí «la imaginación a la fe». Tengamos la fe suficiente para meter imaginación en la fe. Así trazaremos líneas del cristianismo en el futuro, y nos liberamos de algo tan triste, tan consueto, como ha sido entender el cristianismo como algo intocable, algo que hemos heredado. La fidelidad lo integra, pero no lo concluye plenamente... El cristianismo es algo más que conservación; algo más que esas cajas de pescaderías (perdonen la palabra, que puede parecer irreverente) que conservan entre hielo el pescado. El cristianismo no necesita hielo para que no se corrompa lo revelado —lo que necesita es la suficiente esperanza para poder seguir hacia delante en espera de Jesús y confiando en el Espíritu.

Y como prólogo creo que ya es suficiente. Vamos a desarrollar, esperando que ustedes tomen parte en este desarrollo, cinco puntos (podían ser 45) o cinco facetas de ese cristianismo del futuro, que en gran parte depende de nosotros; por que no está escrito en ningún sitio; somos nosotros los que, si cogemos el aura de su Espíritu en esa espera de Jesús, tendremos que esperar según esos cinco puntos que me voy atraver a exponer:

PRIMER PUNTO: LA FE

El primer punto de partida es intocable: es la FE. La fe concebida y vivida, no tanto como admisión y recitación de un símbolo, lo cual es un modo infantil de confundir la CREENCIA con la FE; tampoco como una exclusiva y fácil confesión ideológica de ser Jesús el Señor, sino como una apuesta. Y aquí algunos teólogos del día ponen el acento: La fe entendida como una apuesta radical y terminante, pero mortal, no menos que encauzada por la angustia y la dificultad.

Una apuesta por el Señor Jesús, vivo y salvador. Esto puede parecer poco importante; pero para mí, casi sería lo único que me atrevería a afirmar y reafirmar ante ustedes y ante todos. Es decir: en la FE mirando hacia el futuro (y mirando ya hacia cierto límite del presente) va primando lo que llamaríamos la relación personal entre Jesús y nosotros, sobre la simbólica, a través de los símbolos (de Nicea, de los Apóstoles, de Constantinopla...).

Jesús, entonces, no será tanto un «OBJETUM FIDEI», objeto de fe que se nos predica desde la Iglesia como el origen de la relación de la fe.

Es muy corriente una confusión, no consciente pero sí muy corriente: decir que creemos en Jesús, porque nos lo enseña la Iglesia. Hoy nos parece mucho más correcto decir que creemos en la Iglesia porque nos lo dice Jesús.

Jesús no es tanto aquel en Quien creemos, como Aquel que nos hace posible que creamos en El. Y la relación personal con Jesús-Hombre, Jesús-Salvador, es gratuita.

Y el hombre es responsable de coger la onda de fe y apostar por Jesús. Es el origen y que se da cada vez más; es el signo y lo que dará carácter, porvenir, dificultad, riesgo y angustia a nuestra fe del cristianismo futuro.

Era mucho más infantil, mucho más fácil empezar por el Credo aprendido en el catecismo, según la instrucción multisecular, profesada por los santos y propuesta por la Autoridad. El Credo nos decía que creyésemos en Jesús Salvador, Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros. Así lo enseñábamos a los niños; los cuales cuando iban a hacer un acto explícito de fe, ya se sabían el Credo, y muchos de ellos, pues, no pasaban de ahí, y, ya de mayores, se seguían sabiendo el Credo, y creían lo que afirmaban o afirmaban lo de siempre; aquello que aprendieron de pequeños.

Fe es algo más que decir, que afirmar, que desarrollar, que comentar, que contemplar el símbolo de fe. Tal como va siendo, quizá como algunos oteamos que será, es una apuesta radical y terminante por el Señor Jesús vivo, vivo; no por un Señor Jesús; que hubo un Sócrates maravilloso; vivo y salvo; es decir; algo más que un personaje histórico interesante, un personaje histórico en realización de salvación, en ejercicio de salvación actual, siempre actual.

A esto llamamos, pues, apuesta; que dice exposición, y dice riesgo, y dice responsabilidad, y dice cerrar y cerrar la retirada; pero lo que no dice es que no esté toda la apuesta marginada de dificultades y de dudas. Todo el que apuesta, apuesta con su riesgo; apuesta diciendo: «Vaya usted a saber...»

Yo no digo que la fe por Cristo Jesús no excluya la duda radical y terminante; excluye la duda sistemática; pero no excluye la duda vivencial, lo que clásicamente se entendía por tentación de fe. La fe no tentada, una fe no sufrida, no es la auténtica apuesta, es una simple creencia; como podemos creer en la República Argentina, sin haberla visto; sólo porque el mapa dice que está ahí.

La apuesta por Jesús no es apostar por lo que no hemos visto; tantas cosas no hemos visto y decir que existen no nos cuesta ningún trabajo. Es apostar por algo, es un riesgo, que no libera de la angustia de la duda... Y de aquí la originalidad y el valor de la fe, como diría Pablo. Esta fe entendida así, cada vez más entendida así, yo la entreveo, yo la explico, no como una mera relación entre un Tú y yo solitarios, Jesús y el creyente, sino como un Tú y nosotros en la apertura a lo universal de la humanidad. La fe que tiene una dimensión indiscutiblemente bipersonal: «tú y yo», no concluye, no termina, en esta bipersonalidad; en el fondo es un «tú y nosotros», porque el Salvador, este Jesús vivo, que salva, no vino a salvarme sólo a mí, sino a salvarnos a todos, que quedamos incluidos, de un modo o de otro, en esta relación de fe, en esta difícil apuesta.

Podríamos hablar de lo que alguien ha llamado dialéctica entre personalismo y colectivismo de una fe con que se responde al célebre rebasamiento, ese rebasamiento del hombre que necesita y responde sin renunciar a su libertad, que se apoya en Jesús, el Salvador, al rebasar los límites de su pequeñez, de su angustia y de su hastío.

No quiero insistir por aquí, pero lo he querido citar, porque la palabra rebasamiento, como actualización de la palabra trascendencia, está hoy en la calle y creo que tiene mucho porvenir.

Una fe entendida, pues, como apuesta, que no se limita a confesar la divinidad de Jesús, no es como la fórmula clásica y primitiva que se exigía al catecúmeno, que confesase a Jesús como Señor. Debe incluir e incluirá cada vez más la fe en un Jesús Salvador, que ha de volver, que va a volver. Creo en Jesús vivo y salvador, que va a volver, que no sabemos cuando volverá, que no nos basta con decir con una espiritualidad muy consueta que va a volver a la hora de la muerte, no. Que va a volver a este mundo a poner punto final, o punto primero de otra cosa. Y por eso hacia El debemos orientar toda nuestra actuación de la fe, todas nuestras corrientes de acción.

La apuesta por un ser vivo, salvador y en camino de volver. Lo cual da a la fe un giro y novedad nueva, porque le da una vibración distinta. No es tan fácil como creer en Jesús, Hijo de María, Dios y Hombre que murió en la cruz. Es algo más profundo, más difícil y que nos va a comprometer algo más a nosotros que a nuestros sucesores c

(Pasa a la pág. siguiente.)

(Viene de la pág. anterior.)

hijos, a la hora de decir que somos creyentes.

Esta fe en Jesús, esta apuesta por el Señor Jesús, concluye y remata con una aceptación de la acción del espíritu. No sé quién fue el primero que llamó al Espíritu Santo, más que el Dios desconocido el Dios útil. Hay que concebir la fe en el futuro de tal manera que esta aceptación, esta compenetración, esta intercomunicación entre el Espíritu presente y protagonista del Cristianismo con cada uno de los fieles, con cada uno de ellos, constituye el presente de nuestra fe, que estará asignado más por el Espíritu que por el mismo Jesús. Si quieren usaremos una expresión un poco exagerada: Jesús es el ayer y el mañana, desde luego. Pero Jesús se fue: Jesús volverá. Jesús es el que se fue y tiene que venir.

Esta apuesta por Jesús es la aceptación de su esencia y el valor de su espíritu. Por estas líneas irá discurriendo la fe en el Cristianismo del mañana; que, como ven, no diferirá del Cristianismo de ayer, pero si le dará un aire nuevo y una enorme y nueva dificultad. Hasta ahora, el deber nos ha sido relativamente fácil cuando desde niños nos han enseñado el catecismo y después nos hemos contentado con repetir una historia conocida... Ahora, cuando la apuesta va a ser más radical y el cristianismo más minoritario, nos queda la maravillosa y salvadora angustia de la fe. Todo lo cual incluye, además de la dificultad, un peligro, un enorme peligro: la fe en el cristianismo da lugar a que el cristianismo derive en otras relaciones no esencialmente personales, entre Jesús y el creyente. Un cristianismo romántico: a base de apelar al Espíritu como una apelación a algo que es casi histórico. Pero el Espíritu, siempre presente, no queda encuadrado en historia alguna; en tanto, seamos sinceros y no digamos que el cristianismo del futuro va a ser peligroso. No puedo incidir en el pesimismo, pero tengo que augurar un cristianismo que, a la hora de hacerse más maduro, será más y más difícil.

SEGUNDO: LA VIDA DEL CRISTIANO

El segundo punto se refiere a la vida del cristiano. Ser cristiano es algo más que apostar por Jesús. Debe ser un modo de vivir como Jesús. Lo que ayer se entendía por obras añadidas a la fe, fe y obras, desde Pablo y Santiago «obras y fe», creo que con el tiempo se irán confundiendo. Fe y vida en tensión indiscutiblemente, siempre que la vida, las obras del cristiano, vayan superando otro esquema bien infantil, que es el cumplimiento de los mandamientos. No voy a ir, por supuesto, sería profanador, contra el símbolo de Nicea; sería ridículo; tampoco voy a ir contra las venerables tablas de Moisés. Pero quiero decir que ya no nos bastan.

El Evangelio no vino a remachar las tablas de nuestro buen Moisés. Por eso, reducir la vida del cristiano al cumplimiento de las dos tablas con sus diez preceptos es poco. Algo más vino a hacer Jesús que decir: atención al viejo Moisés.

Es verdad que se exige el cumplimiento de la ley; pero desde una óptica nueva, desde una luz tan nueva que le costó la vida.

Sin embargo, los cristianos hemos seguido haciendo nuestro examen de conciencia según Moisés, no según Jesús, y a la hora de la confesión no acudimos tanto a la difícil y misteriosa línea cristiana del Evangelio cuanto al primer mandamiento, segundo mandamiento, décimo mandamiento... En línea con Moisés. Y creíamos que estábamos en línea cristiana. Fue Pablo el primero que nos dijo que la fidelidad a la ley no era suficiente, sin la fe justificante. Nosotros también aceptamos la ley; pero Jesús la aceptó, la iluminó y la redujo a unas líneas que, después, también tradicionalmente y no menos ingenuamente, definimos como «imitación de Cristo», lo que nos parece excesivamente ingenuo. Jesús no tanto nos llamó a su imitación cuanto a su seguimiento: «Seguid, seguid tras de mí.» Y esto marca una constante evangélica. Jesús nos conoce, nos trasciende por todas partes, es un guía que va delante y nos ilumina.

Por eso, la imitación de Cristo nos resulta demasiado ancha, como el cumplimiento de los mandamientos nos ha resultado demasiado estrecho. Entonces, ¿qué? Pues, volvamos al evangelio y busquemos en ese misterio los datos que se nos ofrecen, y revelados y sostenidos por el Espíritu, y mantenido fielmente, aunque no se vivían, por la Iglesia, a través de los tiempos, recojamos esa quintaesencia evangélica, esa sumisión de María al evangelio. Así aparecen las características del futuro: la transparencia o verdad del hombre y la entrega o servicio; disponibilidad a los demás, motivada desde la fe.

Repito: *transparencia o verdad y disponibilidad o entrega.*

Palabras nuevas: hoy día muy usadas, que nos desvelan ese talento evangélico con que Jesús quiso interpretar la fe.

Si algo a El le repugnó, si algo a El, a través de todo el evangelio (no a través de determinado pasaje), le colocó frente a los hombres piadosos de su tiempo, fue esa verdad, que le llevó a airarse, llamándoles «hipócritas, fariseos, sepulcros blanqueados».

Jesús venía con una luz y una transparencia tal a denunciar toda la falsía de aquellos hombres, que sigue siendo nuestra falsía, nuestra falsía de cristianos bien instalados, de cristianos de doble vida; de la vida de la creencia y la vida inmediata de nuestros negocios y nuestras preocupaciones. Jesús vino con una actitud tan entera, tan limpia y tan clara que denunció todo ese trapicheo que sigue siendo nuestra trapicheo.

Y además de esta transparencia, verdad y sinceridad, la entrega al servicio de los demás, en la cual Jesús tanto se significó que escandalizó a los poderes de su tiempo, porque allí donde había un necesitado, fuese una adúltera, un mercader, un leproso..., allí estaba Jesús, saltando lo que hubiera que saltarse por salvar. Y esa entrega, ese sacrificio, esa apuesta por parte suya en favor del necesitado fuera de toda sensatez y fuera de toda norma legal, y aquella disponibilidad de Jesús con aquella transparencia y entrega a la verdad, yo creo que marcan lo más profundo del Evangelio. Y lo que dará lugar a un cristianismo tan distinto del que ha escandalizado tanto en el mundo, que ha hecho que hoy día, después de tantos siglos, se sigan diciendo cristianos esos seres que dicen creer y que después viven como viven. La vida, entonces, como campo de la fe, con su dinámica siempre en trance, irá haciendo su historia; nunca perdiendo la conciencia de la debilidad y del fallo, pero no como problemas que se resuelven fácilmente por el sacramento de la penitencia, sino como autenticidades humanas, para volver al rumbo escogido.

Es decir, el cristiano del futuro creo que será más humilde y no se sentirá llamado a la perfección, como se sienten los niños cuando quieren escoger carreras absurdas: quieren ser toreros, quieren ser aviadores. Así dan la impresión esos cristianos de ayer que querían ser perfectos. El cristianismo del futuro querrá ser más auténtico, seguir más a Jesús, renunciar a todo lo que sea un poco enfático. Ustedes dirán: Pero si Jesús mismo ha dicho que seamos perfectos como su Padre Celestial es perfecto. «¿Saben que esa es una mala lectura? Los exégetas actuales traducen por «Sed misericordiosos como nuestro Padre celestial es Misericordioso.» La perfección es una palabra demasiado seria, demasiado engolada, para que esté a nuestro alcance, sobre todo al alcance de esos hombres que queriendo ser cristianos más de verdad, preferirán sentirse débiles, no renunciar a su mundo, no renunciar a su aspiración de ser auténticos, de darse a los demás, pero sí a todo aquello que no está a nuestro alcance, porque perfecto no es más que Dios. Y la perfección resulta tan solemne e insolente... Dirán: «Entonces, ¿los religiosos...?» Pues los religiosos que nunca hemos sido perfectos, sino todo lo contrario, procuraremos ser más humildes, procuraremos ser más sencillos. Y no aspiraremos a distinguirnos del pueblo de Dios, de ese pobre pueblo que ha renunciado a ser perfecto; porque nosotros, la aristocracia de la Iglesia, tenemos como vocación aspirar a la perfección (¡caramba, que importantes somos...!). Es verdad que este cristianismo, entendido así, a la hora de vivirlo, ofrecerá el peligro de ser un cristianismo muy humanista, muy humano, que es lo que tanto preocupa al P. González Ruiz: y el cristianismo es algo más que una ética, es bastante más, aunque se trate de una ética de sencillez y autenticidad.

TERCERO: COMUNION O COMUNIDAD

La fe ni se puede vivir ni se ha debido vivir en singular, sin la connotación con un «nosotros».

Nunca podrá haber un solo cristiano. Yo creo, y creemos muchos, que el cristianismo, cuantitativamente, va a menos; pero cualitativamente, no puede ir a menos. Ser cristiano será, cada vez más en el futuro, vivir en comunión; lo que no es lo mismo que vivir instalados en la Institución, ni tampoco, según una congestionalidad social, es decir, que el punto será más o menos delicado, pero hay que verlo así. Para muchos, ser cristiano era, ante todo, estar en la Iglesia. Por supuesto que la Iglesia es el campo de los discípulos del Señor, pero ante todo hay que estar con Jesús. Yo no soy de los que creen que haya cristianos sin Cristo.

Creo que sin una auténtica confesión de fe no hay cristianismo; habrá hombres honrados. Empezar por comprimir el cristianismo como pertenencia a una asociación es falso. Por eso, antes que la pertenencia, antes que la satisfacción de decir: estamos encuadrados en la Iglesia-institución, habrá que pensar: estamos entre hermanos que creen como nosotros en el Señor Jesús; lo cual, por supuesto, se estructura como complemento fundamental; pero el cristianismo nació en comunidades que dieron lugar a una comunidad de comunidades que es la Iglesia. Nació en comunidades de creyentes que creían en el Señor Jesús, sin más estructura y sin más complicaciones. Hoy no podemos repetir aquello; pero cada vez más nos interesa la comunión de los creyentes para quienes la pertenencia a una Institución-Iglesia no es lo primero. Es tan fácil fichar por una Institución, pero es tan difícil apostar por un Hombre, en comunión con otros hombres.

La diferencia puede parecer sutil, y no lo es. En el futuro, veo yo más la comunión que la instalación en la Institución-Iglesia; aunque, sin duda alguna, la Iglesia como estructura de esta comunión se mantendrá «in secula seculorum».

No quedaremos satisfechos diciendo: «¡Somos católicos! ¿Profesión? Su fe. ¿A qué religión pertenece usted? ¡Al catolicismo!» Esto no cuadrará dentro de unos años.

Por eso ahora son muchos los que dicen que el cristianismo no es una religión más en la historia de las religiones. Es un mensaje del amor, de la unidad, que coincide en ciertos puntos de algunas religiones, que, al fin y al cabo, ninguna es MALA, aunque tantas estén alejadas de la revelación; claro que no viene a satisfacer ese vacío que siente el hombre, viene más a estimular que a ser un parche o un alimento para nuestro apetito religioso; por eso, cada vez apelaremos menos a nuestra objetivación de católicos y estaremos más en unión con nuestros hermanos los creyentes o no creyentes. Entonces se superará el ingenuo, el ridículo triunfalismo de que los católicos éramos los que estábamos en el camino, mientras que los pobres paganos iban todos al infierno. Ese triunfalismo conquistador que ya no se admite después del Vaticano II es el que desaparecerá radicalmente en el futuro, cuando los cristianos serán más fermento de una sociedad que actúa en silencio, que cruzados o caballería que va a conquistar el mundo de los pobres paganos que están en poder del diablo.

Fermento de la vida cristiana; no al margen, sino en los mismos rincones de la humanidad; pero sin gallear, sin institucionalizarse en sociedad perfecta. Entonces estaríamos en lo que llamo «irradiación del silencio evangélico», contra lo que ha sido hasta ahora la inflación de la palabra, al entender la Iglesia como la Iglesia docente... ¡Mirad que hemos hablado, lo que hemos hablado a través de los siglos...! ¡Qué cantidad de sermones! Y el pueblo de Dios, más o menos distraído, se ha zampado todas nuestras erudiciones. Pero ha llegado la hora del silencio, del bendito silencio de Jesús, que parece ser que no hablaba demasiado; que hablaba a las turbas unas cuantas parábolas; se retiraba a hacer oración; hacía sus signos y subió a la cruz. En cambio, la Igle-

(Pasa a la pág. siguiente.)

(*Viene de la pág. anterior.*)

sia, con la buena intención, sin duda, de los cristianos, de llevar a cabo la misión de Jesús, de predicar a todos los pueblos, pues, dio lugar a una predicación tan atronadora que, ¡caramba!, con lo que hemos hecho, ¿¿en el mundo?..., desde púlpitos, conferencias, mesas como esta, libros y demás manifestaciones de la palabra, la palabra salvadora de Jesús...

Nosotros, lo que tenemos que hacer es iniciar, poner en línea, poner en atención a los hombres, para que capten la palabra de Dios; pero no hablar tanto como estoy hablando yo ahora mismo, ¡esto es profanador! Por eso, creo que ha habido un verdadero abuso. Una verdadera inundación de la palabra. Y la sigue habiendo. Porque los nuevos teólogos siguen sacándose de la manga libros con cinco o seis tomos, tomos herméticos para que aquí el pueblo de Dios se haga un lío. Venga decir, venga decir cosas que el pueblo fiel no entiende ni por asomo.

¿Por qué no nos callamos y dejamos que hable el Espíritu, una vez que hemos iniciado a los demás?

Cada grupo de hombres forma una comunidad local. La Iglesia es la suma de las comunidades locales. Cada comunidad local puede aplicarse aquello: «Donde haya dos o tres reunidos en mi nombre allí está Cristo», allí hay Iglesia, allí hay cristianismo. La Iglesia universal es un conjunto de comunidades. Este será el auténtico campo donde la Iglesia se realizará.» Todo ello más allá de fronteras y de clases, pero tan dentro de ellas que irá contra toda fronterización y clasismo.

Creo que la Iglesia ha soportado demasiado tiempo la división de la humanidad en naciones. Se llama católica y, sin embargo, hablamos con gran naturalidad de la Iglesia española, la Iglesia francesa... Esto es blasfemo. Porque la Iglesia es universal, no es ni española, ni francesa, ni china. Es católica, universal. Y no digamos: la Iglesia ha bendecido de hecho la diferencia de los hombres de arriba y los hombres de abajo; adoptando siempre a la hora de la predicación la postura de arriba, al mantener en sumisión a los de abajo. Así ha perdido a los de abajo, al aceptar tan suave y paternalista opresión. No ha tenido valor de buscar una Iglesia que no reconociese, aceptase y bendijese la diferenciación de las clases y que orientase, con más originalidad que la doctrina marxista, una sociedad justa. Todo esto, tal como lo hemos venido mal dibujando, ¿encerrará peligros? Por supuesto, y la Iglesia entonces se convertirá en comunidad de comunidades, y no creo que en el futuro haya menos problemas que en el presente y que en el pasado, pero sí habrá más madurez.

CUARTO: LA AUTORIDAD

En comunidad se seguirá viviendo el Cuerpo Místico como conjunto de servicios y carismas, y no simplificando palabras del catecismo como una pirámide en que todo se resuelve en la infantil obediencia y sumisión por parte del pueblo fiel, y la representación de Dios por medio de sus ministros, quienes en vez de ser los servidores del pueblo se convertirán en los representantes de Dios. Aquí hay que hablar de la diversidad de carismas; desde luego. Pero eso de que los ministros seamos embajadores de Dios es ridículo. ¿Por qué un bautizado no representa a Dios como un sacerdote? Que, al fin y al cabo, lo que tiene de sacerdote es una llamada a servir a otro bautizado. Lo que caracterizaba el ayer era creer que el sacerdote era un representante de Dios. Hemos superado todo aquello de Santo Padre, el reverendo Padre; todas aquellas fórmulas que caracterizaban la manera de niña ingenua de creer que el sacerdote era un representante de Jesús. Y entonces, ¿qué representan los bautizados? ¿A quién representan, a Simeón? No.

Todos los hombres, más o menos, representamos a Dios, por ser hombres, y los bautizados tenemos un signo especial que nos dio Jesucristo. Y unos cuantos elegidos (ojalá el día de mañana todos los fieles) son los ministros que a la hora de la Eucaristía y de los Sacramentos y de la Palabra sirvan al pueblo de Dios. Pero que se acabe ya con las excelencias, con las eminencias y toda esa aristocracia dentro de la Iglesia, que tiene que desaparecer.

Somos hermanos unos de otros, y esto lo recordó el Concilio; que los obispos antes que obispos son hermanos de todos. Pues si son hermanos, ¿por qué los obispos aceptan tanta excelencia, tanta distinción y tantas solemnidades?

Creo que iremos hacia una Iglesia más perfecta, donde la organización del Cuerpo Místico no se convierta en una clasificación eclesial; donde hay DUQUES que se llaman obispos, CONDES que se llaman canónigos, BARONES que se llaman párrocos, etc. ¿Estructuras?, pero sin estas clasificaciones. Creo que todo esto será más bien historia pasada; «agua que no mueve molino».

La fe es algo más que sumisión a los hombres; la fe convertida en un «¡Viva el Papa Rey!» El Papa, siervo de los «siervos de Dios», llegará el día en que será «siervo de los siervos de Dios»; para lo cual no tendrá que subirse en la silla gestatoria, porque los siervos caminan a pie...

El Papa del futuro. Recojo de una conocida novela. El Papa ha desaparecido. El Papa que no está en el Vaticano, que se cansa de estar en el Vaticano, que se escapa y se mete a taxista en París y, desde allí, rige los destinos de la Iglesia... Que el Papa sea de la base.

Por supuesto que la sumisión y la obediencia son necesarias, pero no son la solución *necesaria*, ese remedio tan suficiente que, a base de sumisión y de obediencia, se resuelva todo.

La transparencia y la verdad, y la caridad, y entrega a los demás, priman por encima de toda sumisión.

Jesús, que realmente nos dijo que El estaba con los pequeños, los necesitados, no puso por encima de todo: «Señores, sed obedientes...», sino: «Sed sinceros y no seáis hipócritas...»

El cristianismo es algo más que una disciplina cuartelera. El Papa será indiscutiblemente la unidad esencial, como sucesor de Pedro, será un signo de unidad cristiana, pero no será el signo, sino un signo. El signo de unidad en el cristianismo no hay más que uno, que es el Espíritu Santo, el Don. Jesús dijo: «Os envío el DON» (el Espíritu); no dijo: «Os envío al Papa». Por supuesto que a Pedro le dio unos poderes que hacen de él un signo de unidad cristiana. Pero el gran DON es el Espíritu Divino, y ¡no hay otro!, y ¡no hay quien lo suplante! Es verdad que entonces tendríamos una Iglesia poco estructurada, suelta; falta de esto que vemos en la Iglesia institucional, una columna vertebral muy seria, muy sólida, por la cual estamos como estamos y que ha sido tan sólida que a veces nos ha hundido, nos ha pesado...

No olvidemos que el Señor, después de aludir a la prepotencia de los paganos, añadió: «No así vosotros»; es decir, la Iglesia en sus ministros, no será poderosa. El poder aparecerá en el futuro como algo descartado de la Iglesia. La misma jurisdicción será entendida más como servicio que como dominio de unos sobre otros. Y esos ministros y la Iglesia en general aparecerán frente a los otros poderes. Como apareció Jesús frente a los poderes de Caifás y de Pilatos. En tensión continua aparecerá el cristianismo.

Vivimos en un mundo cristiano donde, desde la Edad Media, se habló de las dos sociedades perfectas, de las dos espadas; y esto nos parece ahora un juego de niños. La Iglesia no es una sociedad paralela a la sociedad política, es de nivel distinto; tiene una realidad distinta, y en el fondo conflictiva.

No viene a compatibilizar con los poderes de este mundo, que son poderes de una sociedad autónoma con nivel reconocido.

La Iglesia no puede ser poderosa; su único poder, que ha bebido de la fuente de Jesús, es el denunciar el mal, la injusticia, y jugarse la vida en esta denuncia en favor de sus hermanos, especialmente los más pequeños. Y por eso será la Iglesia siempre incómoda, no podrá estar en armonía con los poderes del mundo.

¿Por qué aspirar a que no estén enfrente el poder terreno y la Iglesia, sino que casi lleguen a un *statu quo* de perfecta armonía? Pero Cristo no hizo el más mínimo gesto por ponerse de acuerdo con los poderes de su tiempo —Caifás y el Sanhedrín—; éstos eran los poderes eclesiásticos de su tiempo... Si hubieran llegado a un acuerdo o concordato «se muere de viejo». No sólo no hubo concordato, sino que hubo discordato.

La Iglesia no viene a aguar la fiesta; pero no viene a estar en la fiesta, sino a denunciar la injusticia y el mal; y por esto tiene que ser incómoda a cualquier sociedad. La cual tendrá que cargar con los cristianos, que serán «los niños terribles», que tendrán que llevar siempre la contra a todo el mundo. Y por eso serán incómodos, y por eso su gran campo de acción será una cárcel, ya que es donde suelen estar los «incómodos» en toda sociedad bien organizada.

Y esto lo digo no en 1931. La Iglesia tiene que estar con los primeros cristianos y los doce apóstoles, y tantos y tantos que creyeron de veras que su misión de amor era denunciar el mal, jugándose lo que tuvieran que jugarse. Y tenían por otro lado que conceder su autonomía al mundo, que no tenía que estar sometido a la Iglesia directamente. Pero, indirectamente, tiene el mundo que soportar a unos hombres que, a la hora de ser fieles a Jesús, se juegan el tipo diciendo: «pues eso no; y eso tampoco». Ya es tiempo de dar lugar a un cristianismo revolucionario en el sentido profundo de la palabra, a un cristianismo que aspire a un mundo tan distinto, que no concuerde ni poco ni mucho con el proceso histórico que llevan las instituciones humanas, un cristianismo en plenitud, un cristianismo en oposición, que haga de la actitud revolucionaria, de la actitud de denunciante, de la actitud no conformista, no concordatoria, una profesión de fe. Claro que esto no es concebible como fácil; porque no es fácil encontrar muchos hombres que quieran jugarse el tipo dentro de una sociedad que está brindando los mejores puestos y citando a los mejores lugares a los cristianos, que aspira a que los cristianos bendigan toda clase de progresos materiales y estén satisfechos con la marca de este mundo. Esto hará que los cristianos del futuro sean muchos menos de los que son hoy. Y que la actitud del cristiano sea cada mañana decir: me tengo que jugar mi prenda en la vida, denunciando la injusticia. Si Jesús se hubiese dedicado a salvar a la humanidad, nada más que a base de besos y abrazos, repito lo de antes: se hubiera muerto de viejo. Pero él creyó que su misión salvadora de caridad para todos los hombres era denunciar, enfrentarse con el poder, que era más fuerte, más bravo que el de ahora; porque Caifás y Pilatos cumplieron su papel, el que se les había encomendado; lo cumplieron perfectamente y, sin embargo, fueron denunciados por Jesús.

Y porque él les dijo tales cosas y estuvo de tal manera frente a ellos, que era un estorbo, decidieron matarle. El cristianismo del mañana será un cristianismo muy molesto; y el que se apunte, «va dao».

QUINTO PUNTO: LA EUCARISTIA

Y para terminar, si me preguntáis: ¿Qué dice del Bautismo y de los demás Sacramentos y de la Eucaristía? Digo de la Eucaristía, que no será un culto; será una comensalidad; será una comida entre hermanos, haciendo presente a Jesús para vivir como los primeros cristianos.

Una Eucaristía descubierta cada vez más y purificada cada vez más, y liberada cada vez más de ritos paganizantes, será un símbolo de los tiempos nuevos, del cristianismo futuro. Algo muy distinto de los grandes templos, de las grandes liturgias, de las grandes procesiones. Será el cristianismo de los hermanos que hacen presente a Jesús a la hora de partir el pan, y descansan un poco para sentirse comprometidos con El.

Ese será el resumen, ese será el símbolo para los fieles del futuro que, como ya decían los apologetas, «los primeros cristianos eran unos hombres, más o menos incómodos, pero que vivían como los demás y que se caracterizaban porque se reunían para partir el pan».

Por eso creo que la Eucaristía tendrá su plenitud en los ámbitos domésticos, y en sus sencilleces y fraternidades verdaderas, y no en el «cumplir» con la misa y en el «cumplir» con los domingos yendo a misa, sino en el hacer la Eucaristía, como hacemos el desayuno y la comida, con sencillez de corazón. Harán la Eucaristía con mucha frecuencia, para sentirse hermanos, y para sentirse en el Espíritu Santo, esperando a Jesús, que ha de volver. Por eso la misa, que es algo maravilloso, no han de regularla los liturgistas, que están hechos un lío, por supuesto, sino los verdaderos cristianos, los de la base. Cada vez más elementales y cada vez más cristianos.

SI FUERA POSIBLE...

Por Antonio Pacios, M. S. C.

«Hasta los elegidos serían inducidos a error» (Mt. 24, 24). No pude menos de pensar en estas palabras de Jesús —verdadero signo de los tiempos últimos—, cuando apareció el «Manual del Pueblo de Dios» (1972), patrocinado por la Asociación de Sacerdotes y Religiosos de San Antonio María Claret —a quienes ciertamente considero entre los elegidos—, y ver que en la consagración del vino traduce «que por vosotros y por todos (muchos) será derramada para perdón de los pecados» (p. 46), cual si todos y muchos fuera equivalente. No quise entonces comentarlo, por no parecer me oponía a la difusión de un libro por otra parte excelente. Pero el error va cundiendo, y conviene frenarlo. Sacerdotes excelentes no vacilan en decir a los fieles que en el original es *por todos*. Otros se limitan a afirmar que así lo dicen los peritos. Otros, en fin, que el verdadero significado de ese *muchos* es *todos*.

I. CRISTO DIJO «POR MUCHOS». Es evidente que en la consagración del vino Cristo dijo «por vosotros y por muchos», nunca «por todos». Esto es evidente si admitimos la inspiración —y por tanto inerrancia— de la Escritura. Si no hubiera dicho: «por vosotros y por muchos» la Escritura nos mentiría.

En efecto, «por vosotros» está en Lc. 22,20 —to hyper hymon ekynnómenon—, aunque las palabras «por vosotros» las vincula también San Pablo (1 Cor. 11, 24) a la consagración del pan, silenciándolas en la del vino, cuya forma consecrataria da abreviada (1 Cor. 11, 25).

«Que por muchos será derramada» se encuentra en Mt. 26, 28 —to peri pollon ekjynnómenon—, y en Mc. 14, 24— to ekjynnómenon hiper pollón—. Mas en parte alguna hallamos «por todos» —pantes.

No hay sacerdote de la Hermandad sacerdotal que no haya estudiado las declinaciones griegas de pas, pasa, pan —todo, a, pl. pantes; y la de polys, polé, poly —mucho. a—. No necesitan recurrir a peritos para ver la diferencia entre pantes y polloi, que es la misma que entre «todos» y «muchos».

Algunos añaden que en arameo se dijo «muchos», porque no existía la palabra «todos», usándose «muchos» tanto para todos como para «muchos». «El que quiera mentir, prolongue los testigos», dice ya el Talmud. Y aquí hay mentira. Pues en arameo, igual que en hebreo, existe la palabra «todos» (kol), y la palabra muchos (rabim). Y así es evidente que Jesús usó la palabra «muchos», y no «todos», que pudiera haber usado si hubiera querido.

Y todavía una sugerencia. Si nos empeñamos en que *muchos* significa todos, ¿cómo habría de haberse expresado Jesús, si de verdad quisiera decirnos *mucho* y no *todos*? Nuestros flamantes exégetas parecen concluir que, dada la peculiaridad lingüística, Jesús se veía incapacitado para decir *muchos*, aunque así lo deseara.

Ante esto uno se pasma al ver cuán insidiosamente el contagio de la modernidad lleva al error hasta a quienes más lejos parecían estar de él.

Vaya como ejemplo un «Nuevo Testamento: novísima traducción del original» (1965). Traduce así Mt. 26, 28: «Pues ésta es mi sangre de la alianza, que es *por todos* derramada en remisión de los pecados»: y no da explicación alguna del porqué traduce *peri pollon* (= por muchos) por *todos*. Sin motivo alguno cambia la traducción de Mc. 14, 24 (que desearía ser la misma): «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada *por la muchedumbre*»: y aclara en nota: «Por la muchedumbre: un semita expresa con este modismo la idea: por todos, bien que muchos». La afirmación de la nota es completamente gratuita, y con nada la prueba. Pero aunque fuera verdadera, el texto no dice por *la muchedumbre*, sino por *muchos*. El traductor introduce un artículo determinativo, que no hay en el texto griego (que dice: por muchos, no por los muchos) y luego, falseada así la traducción, convierte los muchos en la multitud. Si fuera verdad lo que el traductor dice, ¿cómo se las arreglaría un semita para decir, si lo deseara, *por muchos* en contraposición a por todos?

Y el error se introduce siempre en lo más vital para el cristianismo, allí donde es más corrosivo. Así, ese mismo autor traduce Lc. 1, 28: «Alégrate, agraciada»: con esto nos hunde el Avemaría, cual la Iglesia la ha rezado siempre; desbarata toda la argumentación de Padres y Doctores sobre el *gratia plena* la llena de gracia; convierte el saludo singularísimo del ángel a la Virgen María —jamás oído, según nos dice Pío IX— en un saludo totalmente vulgar, ya que toda alma en gracia es verdaderamente *agraciada*, y como tal puede ser saludada por Dios, aunque ninguna sea la llena de gracia. Y olvida que cuando se tradujo «llena de gracia» se hablaba todavía el griego, sin que nadie protestara de tal traducción; y que la expresión fue usada por los santos Padres, y de modo especial por San Jerónimo, para explicar las excelencias de la Virgen. Y también San Jerónimo sabía algo de griego. Mas ahora quieren descubrirnos que, cuando todavía el griego se hablaba, no sabían el verdadero significado de las palabras, que sólo ahora, que es lengua muerta, hemos maravillosamente descubierto. Olvidan que el verdadero significado de las palabras las da el uso, no la gramática artificial. Este ejemplo es sumamente aleccionador, pues el traductor no es, cual pudiera pensarse, un progresista, sino un sacerdote de la Hermandad, de eximia piedad, de probada virtud y tan devoto de la Virgen que ya quisiera yo tenerle la mitad del amor que él la tiene. Por eso uno no puede menos de pensar en las palabras de Jesús, como dirigidas hoy a todos los sacerdotes: «Simón, he aquí que Satanás os ha pedido para cribaros como el trigo».

Pero, volviendo a nuestro tema, todavía podría uno decir: Jesús usó en arameo la palabra *todos*, que fue erróneamente traducida por *muchos*. La afirmación es gratuita y sin fundamento alguno. Pero, lo que es más grave, supondría un error en materia grave en la Iglesia primitiva, que tradujo *muchos*; supondría error en los mismos evangelistas, error incompatible con la inspiración. En efecto, según toda probabilidad, los evangelios fueron escritos en griego —al menos el de San Marcos—: y como la inspiración que garantiza la inerrancia se da al escritor sagrado, es evidente que sería contra la inerrancia el suponer que San Marcos empleó palabra errónea, atribuyendo a Jesús la que El no empleó. Y no se diga que a esos Evangelios precedieron otros documentos en los que se inspiraron. La inspiración divina no alcanza a esos presuntos documentos, sino al Evangelio tal como sale escrito por el autor sagrado.

Creemos, pues, evidente que Jesús dijo «por vosotros y por muchos» —cada evangelista da verdaderamente las palabras de Jesús, aunque no *todas* las palabras de Jesús—, y en ningún modo aparece dijera por todos. Eso se lo colgamos nosotros porque conviene así a nuestros prejuicios. Y rogamos a los sacerdotes de la Hermandad piensen si hay alguna comisión de traductores que tenga autoridad para cambiar las palabras de Cristo en la consagración, o autoridad para hacérnoslas cambiar a nosotros. ¿Es que vamos a extender el don de la asistencia infalible a las varias y múltiples comisiones de traductores nacionales?

"PEROGRULLADAS"

- Hay gente que al proclamar que algunos católicos son más papistas que el Papa lo único que intentan es justificar su escepticismo.
- Fue Cristo el que dijo que los tibios serían vomitados, luego si tibieza y mediocridad son iguales, es indudable que gran parte de la «Iglesia permisiva» será vomitada
- No hay que confundir la caridad nacida del amor con la mediocridad surgida de la tibieza. La caridad es propia de espíritus valientes y tiende al abrazo comprometido. La mediocridad es la coraza del cobarde y elude, más que resuelve, los problemas.
- Si el Episcopado es mediocre y borreguil, así serán los diocesanos.
- El socialismo es comunismo con piel de cordero.
- Algunos confunden el socialismo con la doctrina social de la Iglesia.
- Algunos pastores pretenden imponer a su grey ideas nacidas de intereses político-empresariales, negándose, sin embargo, a repartir con ella los beneficios.
- Hoy todo está trasnochado. Sin embargo, nosotros creíamos que la verdad era siempre la misma.
- Si no fuese por los «tontos útiles» la «iglesia politizada» no existiría. Lo malo es que el número de tontos es ilimitado.
- Los «católicos ultras» cuentan con pocos medios de comunicación porque son más pobres.
  Los «católicos progres» disponen de todos los medios de comunicación porque son más ricos.
  Eso, sin embargo, no quiere decir que la verdad se cambie por dinero, porque los mercaderes, a la larga, terminan siendo expulsados del templo.
- Hay gente que piensa que el número hace la fuerza.
- La pobre vieja del Evangelio a la que Jesús pone de ejemplo, pese a su mísero óbolo, no había leído nunca «Vida Nueva».
- La pobre vieja del Evangelio no era más que una extremista porque entregaba todo lo que tenía.
- «Donde haya dos reunidos en mi nombre, allá estoy Yo.» A Jesús no le interesa la estadística.
- Dos, a veces, consiguen más que un millón.
- Jesucristo estaba sólo.
- Donde está la paz allí está la verdad, pero no siempre la tolerancia es sinónima de paz.
- El verdadero católico debe de estar más con la paz que con la tolerancia dogmática de los materialistas
- Si eres de Dios, amarás al prójimo. Si sólo vives para el prójimo, idolatrarás al mundo.
- El prójimo, sin Dios, es un icono.
- La mujer del prójimo, una presa a devorar.
- El prójimo nunca puede ser un fin. Si queréis hallar la felicidad, desnudaros de cuanto tenéis y seguir a Jesús. Desde vuestra desnudez de deseos, sí que podréis empezar a amar al prójimo. Sin envidiarle.
- Los pobres están mejor con los ricos-pobres que con los pobres-ricos.
- Ahora parece que lo único que se intenta es ofrecer a los pobres mendrugos de pan —aparatos de televisión y demás—, como si los pobres careciesen de alma.
- Dios vale más que un televisor, aunque los judas lo valoren en monedas de plata u oro.
- Al pobre o al solitario le interesa más, muchas veces, una palabra que un dólar.

CARLOS-ROGER

Diálogos del Bergadán (9)

Fango de la tierra

Por Jaime RUIZ VALLES

Aquel simplicísimo manantial de luz, la obra del primer día, en un instante preciso, brevísimo, se degrada de su energía, surgiendo en impalpables átomos los archipiélagos de sus fotones...

Junto a nosotros crepita la chimenea, mostrando el gran tronco en ascuas en su potencia abrasadora un algo de los arcanos físicos. Todo en la creación es un hacer y un considerar: "Et vidit Deus lucem quod esset bona." Vio que la luz era buena. No después, sino en crearla. Acto seguido la separa de las tinieblas, es decir, la deja al ciego impulso de las causas segundas. La energía, perdido el germinal vigor del punto donde nacía, se convierte en materia.

Y la causa segunda obraba repitiendo la causalidad primera. Revierte a luz por la concentración de cada astro. Sirviendo, en su majestad, de fidelísima concausa al Dios altísimo, acude a vigorizar la materia orgánica, y en ella la vida de sutilísimas formas; mas por mil acciones mecánicas, todo el material de este mundo lo tiene en danza: alza las nubes, suscítase la lluvia..., levanta el viento y témplase de sus mismos ardores. ¿Qué es todo ello? No un huir, sino un alzarse, volver al principio de la luz. Crecen hacia ella las altas copas de los árboles y la yerba toda. Vuelan al sol las aves, y las bestias se regocijan de su presencia.

—La vida misma (Constantino hacía valer sus conocimientos) se mueve en un arder y devolver la energía acumulada. Cierto, estos movimientos, con relación a la pura luz, son pesados; la esfera de su acción, ceñida. Aunque obra en maravilloso concierto. Ya le ha sido preparado al hombre el teatro de sus acciones, que tendrán por fondo, en las inmensas lejanías celestes, la majestad de Dios.

En esto Constantino, manejando por distraerse el fuelle que había cogido junto a la chimenea, atizaba las brasas, arrebatando al tronco grandes llamas.

—Yo, pues, comentó, diría que la obra del primer día resume las restantes. A partir de que nace la luz, todo gira entre un "separarse las tinieblas" y un volver o aparentarse a la misma luz. Desde ella, la mente simplicísima del Creador deja en rastro que su pensamiento es acto puro.

Concluyó:

—Y ahora que yo he tocado este tema concerniente a la acción de un primer día, a ti, Autor, te toca, en justa correspondencia, hablar del día postrero en que el Artífice remata su obra y señala su intencionalidad última.

En vano traté de excusar este cometido, alegando la dificultad del mismo, y más del modo en que Constantino lo había tratado, en el marco de unos conocimientos que le eran propios. Si ahora en aquel secreto retiro yo accedía, no podría evitar que, en fuerza de la concatenación de estos diálogos, mis palabras llegaran a nuestros cultos lectores. Sean ellos benévolos.

—Lo primero que veo —dije— es el texto en el Génesis: *"Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza... y creó Dios al hombre a imagen suya."* Aún redunda: *"a imagen de Dios lo creó"*. Si no cabe duda que ésta es una peculiaridad en la acción del último día, por contraposición al resto de las cosas creadas, veo, sin embargo, en otro paso: *"Formó, pues, el Señor Dios al hombre del fango de la tierra, e insufló en su rostro una respiración de vida, e hízose el hombre alma viviente."* Por donde aquel que es hecho a imagen y semejanza de Dios ha sido plasmado en el fango, materia a último extremo degradada, de suyo deleznable; en fin, barro, que en otras partes la misma Escritura (véase Job) denomina "polvo", como propicia a ser indignamente arrastrada por los vientos. Pienso ahora en la ciénaga y en aquel gusano que, en frase de Apeles Mestres, aspiraba a la estrella... ¿Qué hace, a un barro semejante, que el hombre sea "imagen y semejanza de Dios"?

Trigecio rió:

—Pienso, en cuanto a los versos de Apeles, que son los requiebros harto aduladores a una amada, la cual por ellos pudiera resultar hacia el poeta un tanto desdeñosa si a la luz de su deslumbrante belleza no correspondiera del todo la finura de un galano entendimiento. Dime: todo el esplendor del elemento lumínico, ¿puédese comparar en sutileza con la penetración de un entendimiento agudo?

—Confieso, dije, que la hermosa difícilmente lo es sin este principal destello. Pero dejémosla, que de todos modos no viene del barro, sino de la costilla de Adán. Según muy bien dices, Trigecio, hay una luz más sutil que la luz, y un aparecer más propio que el del día primero. Como en el sonido de las palabras una cosa es la vibración de los sonidos, otra más sutil la significación de la idea, tal Dios en el arcano de su creación lumínica no sólo hacer vibrar las sutilísimas ondas, antes desde lo altísimo de su estancia nos habla. Cuando ahora, en este rincón de nuestro siglo, hemos creído descubrir las chapuzas de nuestras radios y televisiones, ¿cómo no abrimos los ojos al mensaje que nos llega desde millones de siglos? Con razón dirá la Biblia: *"Dios diei eructat verbum, et nox noctis indicat scientiam."* "El día, el día rebosa en palabras; la noche, la noche nos muestra la sabiduría."

Trigecio: —Trajiste el símil del sonido en las palabras, y en ellas el significado. Bien creo que la luz significa algo. Pero las palabras, Autor, son unos signos artificiosamente convenidos. La luz, en cambio, ¿cómo nos habla?

Autor: —Cuando los hombres establecieron sus convencionales lenguas, en el momento de irlas concertando, forzosamente habrían de entenderse sin precisión de ellas. ¿Qué había entonces sino el rostro, la mirada...? Volveré al Génesis: *"Formó al hombre del fango de la tierra e insufló en su rostro un hálito de vida, e hízose alma viviente."* Contempla la Biblia el rostro ya formado. ¿Qué hay sino la funcional escultura de esta centella que ora despertará? La frente erguida, el ceño al pensamiento; mirar de frente a su objeto por ojos, no cual de los brutos, abatidos al suelo de sus pastos, sino movibles al cielo.

En el animal, aquella luz primera se ha hecho sensible. Vuelve por ahí solo en remedo a su primitivo arcano. Pero en el hombre, y sólo en él, la luz se hace cautiva del entendimiento. Lo que hizo Dios, fine de algún modo en el hombre, su imagen. Vendrá el sonreír. ¿Quién dirá, en este bíblico rostro, la delicadeza y matices de una sonrisa, de un llanto, la tensión fulgurante de un relámpago de ira o la inefable serenidad de la paz? Este es el lenguaje sin palabras que nace de un entendimiento que será capaz de pronunciarlas. El *"hálito de vida"*. Si ahora es Dios mismo quien insufló este hálito, por el que surge a la luz aquel fango de tinieblas, ¿acaso no habla Aquel que en el hombre ha creado los órganos de su expresión natural tan rica y multiforme, de una variabilidad yo diría casi infinita? ¿Es acaso el artesano menor que su obra? Ya nos habla como el escultor en la estatua a los ojos de quienes la contemplan. Tal Miguel Angel había labrado su estatua de Moisés; la vio tan perfecta, que dándole con el martillo en un pie exclamó: "¡Habla!" No habló la estatua. Si ahora, pues, Aquel que formó la estatua del fango hizo hablar al hombre, y brillan en su mirada las luces del universo, ¿acaso no nos habla, desde su infinita estancia, el mismo que creó la luz para que el hombre hablara de la luz?

... ...

Callamos un rato. En aquel rincón de nuestro humilde caserío, frente a la chimenea, removíamos las brasas. Si por un instante, dando frente al frío de la noche, salíamos a desentumecer los miembros junto a los campos en sombra, teníamos en alto aquella alta bóveda cuyo brillo estelar amortiguaba una potente luna pascual, ya entrados en la noche de Jueves Santo. No sé qué me recordaba la hostia en un viril. Mas juega sus luces y sus sombras en el mortecino ambiente. Luego, otra vez junto al hogar, proseguíamos:

Constantino: —Todas las bellezas del universo, galas son de Dios viviente.

Autor: —El hombre, en semejantes galas entrañado, vive y se expresa por secular manera. Pero hay un orden de las cosas. Decidme si un galán se complace en ver a su amada adornada de algún hermoso joyel; de pronto tanto se prenda del joyel, que maltratando a la amada, y derribándola, se lo arranca para robárselo y huye, ¿qué nombre merecerá que sea de amante y no más bien de canallesco rufián? Tal comete el hombre prendándose de las criaturas, olvidando al Hacedor. Lo cual hace el progresismo, enamorándose del hombre en grado máximo, el "hombre integral", el "hombre de la O. N. U.", el "hombre cósmico" de Teilhard, el "hombre planetario" de Jiménez Lozano, el "hombre mundional" del jesuita P. Llanos... Desde esta perspectiva, ¿qué sentido tendría la frase de San Agustín: "Nos hiciste a Ti, oh Dios, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti?"

Trigecio: —Si me lo permites, todos estos "humanismos" son como la aguja imantada que gira entre dos influjos: el uno, el "hombre" ateo comunista; el otro, el "hombre" masón deificado. A tal extremo llegan, que para ellos el único "Absoluto" es el hombre, triste ironía mortal! Un vaso que se les quiebra en las manos.

Autor: —Esta es una forma de radical egoísmo que centra todas las cosas en sí, desviándolas del Creador. Por esto decantan de modo tan sobrado que la vida de un hombre "es sagrada"...; por esto las "objeciones" y los "pacifismos"... ¿Y cómo iba a ser "sagrada", olvidando a Dios? ¡Justo desengaño a su necedad cuando, desencantados, mueren! Por esto nos dio Dios una vida breve, y aun cuando los seres más perfectos de la creación nos puso en cuerpo pequeño frente a la inmensidad de los astros. La misma fe en nuestra vida inmortal permitió se ciñera de escollos y oscuridades, y hubiera que luchar por ella contra las tentaciones con la ayuda de su gracia, principalmente después de la original caída. Para que el hombre no se ensoberbezca, lo cual aun con esto osa.

Y ahora, amigos, que estamos en Jueves Santo, permitidme que iniciemos la conversación, que seguirá en el diálogo que viene, sobre las relaciones históricas del hombre a Dios ante el mundo de lo creado. El hombre, en el transcurso de los milenios, responde mediante el sacrificio ritual. Es aquel acto en el cual se destruye un ser creado, ya sea bestia, o incluso los frutos de la tierra, en honra del Hacedor, mostrando con ello la sumisión de las cosas creadas a un término más alto. La función era tan propia de todo concepto de adoración, que incluso cuando la perversión del entendimiento deriva hacia conceptos erróneos, los falsos dioses, nunca jamás se suprime el acto sacrifical, que los mismos paganos realizan de mil variadas formas.

Trigecio: —Tal acto mal habría de sentarles ahora a los del Arca de Noé, protectores de animales y "animales" ellos mismos, según unos a otros se motejan. Mal a los hindúes por lo de las vacas. Mal a los leones, porque se disminuye la presa... Y a Lozano muy mal, pues quiere separar la religión de la muerte.

Autor: —Calla en tus chanzas. Seguiremos.

LOS CATOLICOS, EL DOGMA Y LA

Por Anselmo ROIG SALES

Desde luego, el cardenal Jubany no es infalible ni en sus criterios ni en sus actuaciones. Lo demostró, hace muy pocos años, en su actuación referente al nuevo monasterio de las religiosas clarisas de Salt, Gerona, completamente desautorizada por el Tribunal Supremo de la Signatura Apostólica, en fecha del 10 de agosto de 1971, suscrita por siete cardenales y aprobada dicha resolución por el propio Pablo VI. La mayoría de los obispos de la Iglesia católica, en largos años de pontificado, no han sufrido un traspiés con Roma tan grave como el que puede ostentar ya el cardenal Jubany, en la sentencia referida, de la que tengo fotocopia fidedigna.

Es muy natural que si en la Iglesia católica hay derecho a la opinión pública, como teóricamente se afirma, la opinión pública más relevante tenga, a estas horas, graves reservas a la pastoral titulada «El Espíritu Santo en nuestra vida cristiana», del cardenal Jubany, con fecha del 2 del mes en curso. Las reservas son de diferente calibre. Sin ánimo exhaustivo, pero sí indicativo, señalaremos algunas con la mayor nitidez y franqueza. Estamos seguros que el cardenal Jubany agradecerá ese servicio que le presta un laico católico, que toma en serio lo que escriben los obispos. Concretamente estas son nuestras principales observaciones:

I. CONTRADICCION METODOLOGICA.—En la primera parte de la citada pastoral, el cardenal Jubany puntualiza tres manifestaciones desviadas y enfermas de la Iglesia actual. En primer lugar, denuncia el doctor Jubany «el cristianismo anárquico». Por tal entiende la ebullición de contradicciones que hay dentro de la Iglesia. Ya es curioso que todo un cardenal tímidamente hable sobre «la diversidad de opiniones que se expresan en las predicaciones sacerdotales». En realidad, opinión siempre significa algo permisible. Pero muchos sacerdotes predican cosas incompatibles con la fe católica y la disciplina eclesiástica no derogada. Le basta al doctor Jubany recordar lo que se escribe en «Correspondencia», los escritos del padre Jorge Llimona y la profusión de discípulos de estas tendencias, para darse cuenta que tales escritos y predicaciones no son «opiniones». Nos parece muy bien que el cardenal Jubany detecte el cristianismo anárquico como un mal... También lamenta «la situación moral de nuestro país». Ciertamente, los pecados capitales, como caballos del Apocalipsis, parecen desbridados... Pero si el señor cardenal medita se dará cuenta que la mayor responsabilidad en el «cristianismo anárquico» y «la situación moral de nuestro país» debe recaer sobre la jerarquía eclesiástica. Son muchos años de malos ejemplos por parte de la jerarquía, de campañas de «volem bisbes catalans», de las que quizá algunos íntimos colaboradores suyos podían explicarle orígenes y funcionamiento de las mismas, de propagandas consentidas contra Pío XII, de manipulaciones sobre Juan XXIII, de desfiguración del sentido del Concilio, de ataques a las encíclicas de Pablo VI, como es el caso de la «Humanae vitae» —recuerde, recuerde aquel escrito del sacerdote gerundense Modesto Prats—; los ataques contra dignos prelados de la Iglesia por parte de otros prelados, como es el caso de monseñor Guerra Campos; de cuyas invectivas de enemistad personal tendrá conocimiento muy directo y documental el propio cardenal Jubany; el mal ejemplo de parte de los obispos españoles, en actitud insolente contra el documento de la Congregación para el Clero condenando la Asamblea Conjunta: en sus «fallos», como dijo el propio Pablo VI; el enfrentamiento de obispos contra otros obispos, como ha sido el reciente veto del cardenal Tarancón prohibiendo la visita de la Virgen de Fátima a la diócesis de Madrid, cuando era recibida en once diócesis circunvecinas. Estas causas y muchas otras son las verdaderas raíces del «cristianismo anárquico» y de «la situación moral de nuestro país». Una jerarquía sin los errores de la Asamblea Conjunta, como rubricó Pablo VI y el cardenal Villot; una jerarquía unida en la defensa y propagación de la fe, no podría producir «un cristianismo anárquico». La anarquía siempre indica la quiebra de la autoridad. La dispersión, el desconcierto dogmático y moral, que trae siempre consigo la relajación de la ética personal y por tanto de la vida moral, individual, familiar y social, capitalmente arranca de unos pastores que no están a la altura de su misión. La Sagrada Escritura, la historia de la Iglesia y la experiencia propia, lo demuestran definitivamente.

Esto es muy claro, lógicamente. Pero la «lógica» del doctor Jubany, después de haber quemado sus libros de teología, tiene otras secuelas. Y como una seta en pleno verano, planta en su pastoral, en el mismo parangón del «cristianismo anárquico» y la «situación moral de nuestro país», lo que él llama, «el anticlericalismo de derechas». Es muy propio de personas amigas de la confusión no definir los términos. Nosotros lo intentaremos. De momento que conste que el cardenal Jubany se ha dejado en el tintero decirnos cuál es la causa del «cristianismo anárquico» y de «la situación moral de nuestro país». Nosotros fijamos como una de las causas inmediatas y principales de estos males el mal ejemplo que venimos sufriendo de parte de la jerarquía eclesiástica. Este es el primer cable que aportamos al doctor Jubany. Nuestra crítica no es negativa. Suponemos nos felicitará por nuestra aportación, que a él, seguramente, le pasó inadvertida...

II. ESO DEL ANTICLERICALISMO DE DERECHAS.—Anticlericalismo, a secas, significa odio al clero. Siempre se ha supuesto que el anticlericalismo no se limitaba a las personas. Era odio al clero, pero en realidad era odio al dogma, a la moral, a la Iglesia, a Jesucristo, a Dios. Este ha sido siempre el anticlericalismo, desde Gambetta hasta Azaña, la Pasionaria, Luis Companys y otros por el estilo. Este anticlericalismo es inadmisible. Pero inventar ahora el anticlericalismo de derechas es mucha imaginación. Los «anticlericales de derechas», siguiendo el mismo texto del doctor Jubany, no son los ateos, los comunistas, los descreídos, los tragacuras, los masones, los que no tienen fe. Según el mismo doctor Jubany, procede de personas que «se consideran los detentores casi exclusivos de la ortodoxia y de la fidelidad». Luego son católicos. Estos «anticlericales de derechas» no atacan a todos los sacerdotes ni a todos los obispos. Saben distinguir. Una cosa es el cardenal Siri y otra monseñor Méndez Arceo. No es lo mismo el cardenal González Martín que el zamorano obispo Buxarrais. El cardenal Jubany tiene que reconocer que los obispos no son infalibles y que no se puede confundir el cutis de un prelado con el monopolio de la fe católica. Un católico debe siempre obedecer al Papa y a los obispos. Pero si los obispos fallan, ya en la exposición de la fe, ya en omisiones gravísimas, ya los apóstoles nos enseñaron que antes hay que obedecer a Dios que a los hombres. Santa Catalina de Sena atacó los defectos de la Santa Sede y de los sacerdotes, y suponemos que no por esto el cardenal Jubany se atreverá a llamarla «anticlerical de derechas». Cuando hay motivos —y actualmente sobran— para explicar que las enseñanzas de muchos obispos en la Iglesia Universal por lo que dicen, permiten, toleran en sus seminarios e iglesias, el manifestarse disconformes con estos jerarcas que no cumplen objetivamente con su obligación, no es anticlericalismo. Y si lo quiere llamar así el doctor Jubany, entonces en esta actitud meritísima y obligatoria para el cristiano, le diremos que vamos acompañados con los santos más grandes de la Iglesia católica. Hablar a estas alturas de «anticlericalismo de derechas» es defender el propio cutis, la propia persona, la tranquila digestión, pero esto nada tiene que ver con el gobierno eclesiástico ni con la integridad y vigencia de la fe. Más bien ahora hablar de «anticlericalismo de derechas» es ayudar dialécticamente a los que fomentan el «cristianismo anárquico». Ya Mella decía que es imposible ganar batallas cuando los generales caminan al paso del enemigo. Cuando en un documento pastoral se señala y no se define, se llegan a las peores conclusiones. Esto debe pertenecer a aquel humo de Satanás de que habló Pablo VI.

III. AFIRMACIONES, A NUESTRO ENTENDER, INADMISIBLES.—La segunda parte de la pastoral está dedicada a explicar la doctrina sobre la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo. Teólogos calificados deberían analizar concienzudamente este texto. A nuestro entender, el doctor Jubany mientras en unos párrafos expone la verdadera doctrina sobre el Espíritu Santo, en otros la desfigura totalmente en afirmaciones totalmente incompatibles. Veámoslo. Es cierto que el Espíritu Santo es «quien instruye, dirige y gobierna la Iglesia». Pero es falso, católicamente, que el Espíritu Santo sea «quien mueve la ciencia, la técnica, el trabajo, las artes y la misma política hacia unos objetivos finales que respondan a un auténtico progreso y a un verdadero servicio del hombre, así como a la gloria del Padre». A nuestro entender, la ciencia, la técnica, el trabajo y las artes son actividades de orden natural, movidas por Dios, Providencia y motor, en acto o potencialmente de toda la creación. Pero la acción del Espíritu Santo específicamente es el organismo sobrenatural de la Iglesia católica fundada por Jesucristo. En el Concilio de Sens —en 1140— fueron condenados los errores de Pedro Abelardo, uno de los cuales afirmaba que «el Espíritu Santo es el alma del mundo». Que es lo que a simple vista todo el mundo entiende se deduce del párrafo que hemos señalado en la carta pastoral del doctor Jubany. Como se desprende, algo muy serio por el confusionismo que significa que se venga a desvirtuar la función divina y sobrenatural del Espíritu Santo, por una especie de «alma del mundo», o sea cierto panteísmo, que moviliza «la ciencia, la técnica, el trabajo, las artes», según afirma el doctor Jubany. El Espíritu Santo produce los dones, los frutos, las bienaventuranzas, los carismas sobrenaturales. Pero la ciencia, la técnica, el trabajo, las artes, son producto de la inteligencia y del ingenio humanos, que también son de Dios, pero que por sí mismos no tienen categoría sobrenatural ni están en su línea. Que algo así escape en una pastoral cardenalicia es algo que se debe aclarar, ya por parte del propio titular que lo afirma o de la Conferencia Episcopal o Romana para la Doctrina de la Fe.

El dogma trinitario siempre tiene que explicarse rectamente, sin frases que se presten a malabarismos verbales o conceptuales.

IV. LA IGLESIA Y LA VIOLENCIA.—El doctor Jubany, como si nada, añade en otro extremo de la pastoral: «La Iglesia condena toda violencia que ofende no sólo al hombre imagen de Dios, sino también al mismo Espíritu presente en el hombre.» Así, con ese simplismo, esto no se puede afirmar. La Iglesia condena las violencias injustas, las guerras injustas, pero no condena la defensa legítima ni las guerras justas. El mismo Concilio Ecuménico Vaticano II afirma lo contrario que el cardenal Jubany, y nos dice en la «Constitución osbre la Iglesia en el mundo actual» que «una vez agotados todos los recursos pacíficos de la diplomacia, NO SE PODRA NEGAR EL DERECHO DE LEGITIMA DEFENSA A LOS GOBIERNOS». Es muy distinto este lenguaje conciliar de lo que afirma el doctor Jubany. Todos queremos la paz, y este es el ideal; pero ante los ladrones, los criminales, los subversivos, con sus violencias científicamente premeditadas, el hombre y la sociedad tienen derecho a la santa violencia para restaurar la paz, la justicia y el orden. Repase el doctor Jubany todos los doctores de la Iglesia, desde Santo Tomás hasta

PASTORAL DEL CARDENAL JUBANY

nuestro Balmes, en donde encontrará las justificaciones más terminantes del derecho a la rebeldía frente a las tiranías, la acción criminal y las injusticias monstruosas que justifican la «ultima ratio». Nadie dirá que un San Bernardo y un San Pío V ofendían al hombre y al Espíritu Santo...

V. LO DEL COMPROMISO...—El cardenal Jubany termina su pastoral con un párrafo muy original: «Nuestro compromiso cristiano ha de llevarnos a una participación coherente y activa, en toda tarea para una mejor y más amplia solidaridad entre los hombres. El compromiso de la Iglesia para con los más pobres, para quienes no tienen todavía los medios económicos, sociales y culturales de expresión de que son dignos nos atañe a todos y a cada uno.» Es curioso que el cardenal Jubany destaque elementos secundarios del llamado compromiso cristiano, que no corresponden directamente a la Iglesia, sino al Estado y a la sociedad, como lo más importante. A nosotros nos parece que el compromiso que pide el Espíritu Santo a los cristianos es la propia santificación, las virtudes, el procurar que los demás conozcan a Dios, y esto para todos los hombres, y no sólo para «los más pobres». Se puede ser muy pobre de bienes materiales y ser muy santo, como San Martín de Porres, del que mi mujes es muy devota. Esto de los medios económicos, sociales y culturales, tiene un papel secundario con lo que primordialmente demanda el compromiso cristiano. Muy lamentable que esto y otros puntos que están a lo menos mal expresados, a nuestro juicio, y el de muchos, se lance alegremente como un mensaje de un pastor de la Iglesia. ¿Puede sorprender el «cristianismo anárquico» y la «situación moral de nuestro país» cuando en documentos públicos de la jerarquía eclesiástica hay tantas sombras para nosotros, los vulgares ciudadanos del mal tratado Pueblo de Dios?

Un titán de la fe española

Por MANUEL PEDROSA

El tema del presente artículo de colaboración en ¿QUE PASA? surgió en mi mente días pasados, con ocasión de encontrarme ante el televisor escuchando una de las charlas del hoy obispo de Cuenca, monseñor Guerra Campos.

Hablaba monseñor de la Santísima Virgen. ¡Cuánta unción al nombrarla! ¡Qué teología más pura en torno a la figura única y excepcional de la Madre del Redentor! En silencio estaba quien esto escribe. A mi lado, mi esposa, paladeando aquella sana doctrina, aquellas bellas palabras, tan poco usadas hoy por quienes mayor obligación tendrían de hacerlo. Pero, ya se sabe: el «aggiornamento», el «desfase» de ciertas devociones... ¡Pamplinas! ¡Pamplinas y sofismas, señores, clérigos o no, del progresismo!

En un fugaz momento, en tanto que el señor obispo desarrollaba su lección mariológica a través de la pequeña pantalla, volví la cabeza hacia mi mujer y pude observar que, con cierto disimulo, se sorbía unas lágrimas, mientras sus ojos permanecían fijos en el televisor. Yo... no lloré, por aquello que dicen que los hombres no lloramos nunca, pero apreté los labios con gran fuerza e hice grandes esfuerzos por no imitar a mi mujer en su llanto silencioso. A las claras se notaba que mi esposa, en el fondo de su alma, sentía y aprobaba de todas veras lo que decía de la Virgen don José Guerra, a través de las ondas televisivas.

Cuando acabó la charla y el señor obispo pronunció su frase habitual: «Hasta el próximo lunes, si Dios quiere», mi esposa prorrumpió en unas palabras de tono laudatorio, que hicieron vibrar todo mi ser:

—¡Bendito sea este hombre! ¡Mil veces sea bendito! ¡Cuánto bien nos está haciendo! ¡Con razón tiene tantos adversarios que no le perdonan que esté haciendo ese bien!...

Las mujeres, en la expresión de sus sentimientos, suelen siempre acertar y llevar la razón. Yo me adherí con toda mi alma a aquellos sentimientos de mi esposa, y después de apretarle expresivamente una mano, reflexioné para mi coleto: «Lleva razón mi mujer. Como de un manantial incontaminado brota la doctrina de don José Guerra Campos, y ello de tal forma que no se hace preciso colar ni filtrar el agua. Casi, casi me atrevo a pensar que la palabra de monseñor es una de las cosas que están manteniendo a flote la fe de los españoles en estos momentos de duda y de crisis. La pura y eterna doctrina de la Iglesia de Dios, sin retorcimiento ni tergiversaciones, está brotando de sus labios semanalmente, y está haciendo mucho bien y sembrando mucha confianza en esa doctrina, inspirando a su vez santa esperanza en mejores tiempos. ¡Qué cierto es que Dios Nuestro Señor siempre enciende una luz salvadora y orientadora cuando las tinieblas lo invaden todo! ¡Qué consoladora verdad es que el Altísimo hace siempre surgir una figura señera y ejemplar que ayuda a la fe católica a sostenerse y a mantenerse erguida, mientras llegan momentos mejores para la fe! ¡Alabada sea y bendita la santísima Providencia del Señor!»

No, no lo dudo. Ni lo dudéis vosotros, lectores de ¿QUE PASA? La Providencia de Dios en estos momentos de desolación y crisis se llama en España José Guerra Campos. El señor obispo electo de Cuenca, como de él ha dicho el obispo dimisionario de aquella diócesis, don Inocencio Rodríguez, es un sacerdote santo y sabio, y en los santos se puede y se debe tener confianza, la confianza necesaria para poder sobrenadar y mantenerse a flote en este mare mágnum de confusión que nos asfixia.

Esperemos. Sigamos confiando en la Divina Providencia. Esta ha demostrado una vez más que actúa visible en los momentos más críticos y desesperados, haciendo saltar al campo de batalla figuras como la de don José Guerra, cuya sabiduría y cuya santidad está sosteniendo la fe de los españoles en Dios y en su Iglesia, a modo de un titán a lo divino. ¡Y con cuánta eficacia y cuánto consuelo para los creyentes!

LOS HAY MUY GRACIOSOS

Por BRUJA VERDE

Y casi ciegos, sordos y mudos, lo que, si bien se mira, tiene muy poca gracia, máxime si son pastores, encargados de apacentar las ovejas que se les ha encomendado y cuyo oficio admitieron libremente.

Ya hemos visto al pastor de Zamora procurar pastos envenenados a su rebaño, y cuando, en aras del cumplimiento del deber, expone la doctrina sana como contraveneno, el gran magistral de aquella catedral, se le intenta desautorizar.

Estamos viendo a varios ciegos que, atacados de la *conjuntitis*, no se han curado de su ceguera y no ven los peligros que encierra el llamado progresismo y que San Pío X llamó modernismo.

Otros, cegados por los aduladores que les rodean, no descubren la calaña de algunos de sus hombres de confianza y hasta los llevan a las altas misiones, como prohombres, y... estos prohombres que se permitieron decir que acompañaban al superior que quería presentarlos para ascender y escalar un alto puesto. Y uno de estos prohombres, en el templo, se permitió injuriar a la Santísima Virgen, negando las prerrogativas que Dios Nuestro Señor quiso concederla y que quien las negare está incurso en herejía. Es más: habiendo trascendido la *homilía* de tal desquiciado, fue advertido por un compañero que le dijo lo que se decía, que había afirmado contra la Virgen María, y el tal se reafirmó en sus palabras y el tal sigue al frente de su parroquia, destruyendo y autodemoliendo la fe, y seguirá sin duda siendo contertulio y hombre de confianza de su prelado y *tutti contenti*, aunque ello no suprime el *Vea vobis a scandalis*.

No faltan quienes se preocupan demasiado de los secularizados; de los que se marcharon porque quisieron, abandonando votos, promesas, carismas, dones singularísimos, para trocarlos por un montón de carne. A éstos les proporcionan medios económicos para que puedan entrar sin penuria en su nuevo estado y, ¡cuánta falta de equidad y de justicia!, a los pobres jubilados...

Conozco varias diócesis en que lo sociológico predomina sobre lo dogmático y lo moral, y en ellas hay varios jubilados a quienes no se ha asignado pensión decorosa para vivir.

El miembro del I-DOC y defensor acérrimo de la Conjunta sigue tan fresco sin retractarse de pertenecer a una asociación tan nefasta y traduciendo del latín, con el libertinaje y crasa ignorancia que son características en tan preclaro auxiliar.

La BAC, como si careciese de santos, doctores y sabios a quienes mostrar a los católicos, se ufana de presentar al más dañino escritor que se ha dado en el mundo. Con su pan se lo coman.

Pidamos a Dios que los ciegos vean, los sordos oigan, los que se asfixian con el humo del infierno se apliquen el oxígeno de la entrega al Corazón Sacratísimo de Jesús, por medio del Inmaculado Corazón de María.

Para el Señor vivimos

Por José María PEREZ, Pbro.

Y tenemos a buen paso que abandonar la mansión de aquesta tierra. Para el Señor morimos.

En una concurrida iglesia subió al púlpito un padre misionero, y les dijo a los asistentes:

—Hermanos míos, tengo una gravísima noticia que daros.

Y se hizo allí silencio sepulcral, al tiempo que los rostros le seguían con atención.

—La noticia es ésta: Un día habéis de morir y seréis todos juzgados por Dios...

Entre los oyentes hubo un suspiro general de alivio, y risitas y miradas burlonas.

—Aparecéis defraudados—continuó diciendo aquel misionero—. Creéis que me burlo de vosotros, y es todo lo contrario: vosotros sois los que os reís de mí.

Por el modo y manera de conduciros, pensando únicamente en hacer dinero, en el goce de placeres y en cosas parecidas, se diría bien que pensáis vivir siempre...

● Y eso mismo, quepasense amigo, ¿no acontece con muchos de nosotros? Hoy apenas se habla de «tales» cosas. ¿Querremos hacernos la historia a gusto «nuestro»?

Sin ánimo de subirme al púlpito, mi más sentida recomendación parenética de hoy sea ésta: Sirve a Dios en vida y en muerte. «Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Sea, pues, que vivamos, sea que muramos, del Señor somos. Porque Cristo murió y resucitó para tener señorío, tanto de los vivos como de los muertos» (Romanos 14, 8-9).

● Bien claro, como ves, habla el apóstol San Pablo de nuestra finalidad o misión, impuesta a nosotros por Dios, no de «nuestra» historia. ¡Para el Señor vivimos! Para salvar nuestra alma. El murió y resucitó; moriremos y resucitaremos también sus discípulos. Pero nunca olvidarlo.

«Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y venga conmigo. El que quiera salvar su vida, la perderá. El que pierda su vida por mí causa, la hallará. Porque, ¿qué le aprovechará al hombre ganar el mundo entero, si él mismo sufre quiebra? ¿O qué dará el hombre para resarcirse de su propia ruina? En efecto, el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces retribuirá a cada uno conforme a su conducta» (Mateo 16, 24-27).

● Si, para seguir a Jesús hay que renunciarse, negarse a sí mismo. Sólo a este precio conseguiremos salvar el alma y comenzar a gozar eternamente la gloria. ¡Diga lo que diga la hodierna, así cacareada ciencia! Bien reza el popular adagio: «La ciencia es locura, si buen seso no la cura.» Y tampoco lo ignoras, el árbol de la ciencia no es el árbol de la vida. Tan sólo podíalo decir Jesucristo: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por Mí» (Juan 14, 6).

● Tres picapedreros trabajaban en la piedra. Y un desconocido le preguntó al primero qué hacía.

—Trabajar por dos chelines a la hora.

—¿Y tú?

—Estoy picando piedra.

Al interrogar al tercero, éste contestó:

—Yo estoy edificando una catedral...

● Mira, hermano, todos los actos de nuestra vida han de estar guiados y santificados, ya desde la mañana, por la gracia y la oración, que dan a todo el trabajo del día una orientación divina. Y edificarás así la «catedral» de la gloria de Dios, que será tu propia gloria en el cielo, amén de tu felicidad en la tierra.

A propósito dice el mismo apóstol San Pablo: «En resumen: ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquier otra cosa (picar piedra), hacedlo todo a gloria de Dios» (I Corintios 10, 31). Y así nos exhorta a todos: «La palabra de Cristo resida en vosotros opulentamente. Instruíos y amonestaos mutuamente en toda sabiduría. En vuestros corazones cantad a Dios agradecidos, con salmos, himnos y cánticos espirituales. Y todo cuanto dijereis o hiciereis, todo en nombre del Señor Jesús. Por mediación de El la acción de gracias a Dios Padre» (Colosenses 3, 16-17).

● ¡Para el Señor vivimos! Y ampliemos ahora eso de SALVARSE. El «salvarse» de nuestro catecismo supone librarse de algún peligro de perecer. Para el negociante que en peligro ve sus negocios; y observa que disminuyen sus caudales; y teme encontrarse en descubierto y tener que declararse en quiebra: el aplicarse a sus asuntos con todos sus talentos, y hacer economías, y buscar créditos, y esforzarse en aumentar sus ventajas, y dar valor a sus géneros, llegando así a restablecer sus ganancias y poner en buena marcha sus asuntos..., eso es salvarse. Estuvo en gran peligro, pero se dice ¡se salvó!

Para el prisionero que gime en cadena y yace en oscuro calabozo: el limar sus grillos, perforar los muros de la prisión, aprovecharse del descuido de sus carceleros, burlando así su vigilancia y huyendo..., eso es salvarse. Puede él con verdad decir, ¡me he salvado!

Para el marino que, en procelosa noche, surca el revuelto mar perdido el rumbo, sin estrella por la que guiarse pueda, sintiendo el romper de las olas en los acantilados de rocosa orilla, agitado por la furia de los vientos, hecho juguete de la tormenta: la luz del día que le muestra la entrada del puerto salvador, el arribo al muelle de su anhelado destino..., eso es verse en salvo. Puede él decir, y con cuánta verdad, ¡me he salvado!

● Ahora bien, apliquemos las comparaciones. Para el cristiano, negociante en bienes de valor eterno, prisionero de enemigos insidiosos, viajero en tierra extraña, navegante en agitado mar: llegar al puerto de la GLORIA..., eso es salvarse. Su negocio está entonces seguro, sus cadenas caen rotas, su viaje ha terminado, ha entrado en puerto. ¡Se ha salvado!

● Insisto, ¿qué es salvar el alma? ¡Es cosa tan preciosa! Mira lo que lleva cuando del cuerpo, por la muerte, se aparta: hermosura, talentos, virtudes, simpatía, atractivo... ¡Ella se lo comunicaba al cuerpo!

Mira cómo la estima el Unico que la conoce bien, Jesucristo Señor nuestro. Vino El del cielo a la tierra, como sabio mercader, a comprar perlas y halló un preciosísima, tan preciosa que, por adquirirla, lo vendió todo y todo lo dio por ella (Mateo 13, 45-46).

Las perlas que Jesucristo buscaba eran las almas. Y por ellos dio su vida, su sangre toda, derramada entre suplicios horribles en la Cruz. *Anima, tanti vales, erige te!* ¡Todo eso vales, alma, levántate, dignifícate, estímate en lo que vales!, exclama San Agustín.

● Si bien lo pensáramos, si lo meditáramos asiduamente: ¿acaso la venderíamos tan barata como a veces la vendemos?

¡Ah!, penetróse bien de lo que valen las almas un San Ignacio de Loyola, por ejemplo; el cual, por salvarlas, estaba dispuesto a cualquier sacrificio, hasta el de diferir el cielo de la suya y dejar en peligro su propia salvación...

El Papa Pío IX, amenazado porque defendía al niño judío bautizado, Pío Mortara, respondió:

—Todas las bayonetas del mundo no me harían exponer a peligro de condenación del alma de este niño...

Y Santa Catalina de Sena besaba las huellas de los que trabajaban en la salvación de las almas. «¡Cuán hermosos los pies de los mensajeros de bienes!» (Romanos 10, 15). Es la remembranza de las palabras de Isaías, en la alegría de la restauración: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la salvación, diciendo a Sión: Reina tu Dios!» (Isaías 52, 7).

● ¡Eso es o vale el alma! ¿Y qué es Dios, a quien gana el alma para siempre? Poco sabemos de lo que es Dios. Reunimos las perfecciones que conocemos, las aglomeramos, las exageramos, les quitamos toda limitación y decimos:

—¡Eso es Dios!

Pero al decir INFINITO perdemos todo punto de apoyo, quedando como suspendidos sin acertar a ver ni entender lo que puede ser. «Y reconozcan que tu nombre es Yavé, y que sólo eres el Altísimo sobre toda la tierra» (Salmo 83, 19).

Sabemos, sí, de Dios (y debe bastarnos la fe) que es la suma perfección y la suma dicha que saciará todos nuestros anhelos y colmará todas nuestras aspiraciones y nos hará eternamente felices.

Cosa más grande ni excelente, ¡ni soñada! ¡Cómo debiéramos, pues, vivir en continua aspiración al logro de dicha tan inconmensurable!

● ¡Para el Señor vivimos! Y vaya el último cuadro. Lo tomo de la hagiografía.

Hilarión era un muchacho de quince años, cuando oyó hablar de San Antonio, el Ermitaño. Y decidió hacerle compañía durante algunas semanas. Transcurridas las cuales, regresó a su hogar y se desprendió de sus bienes, retirándose después a la soledad del desierto.

Rehusaba hasta el pan y se mantenía de quince higos al día. Comía después de ponerse el sol. A los veinte años se permitía por todo lujo tomar un poco de pan y algunas hierbas.

Cierto día unos bandoleros de aquella región le preguntaron qué haría si los malhechores le atacasen. A lo que respondió el santo:

—Los pobres y los indigentes no tienen por qué temer a los ladrones...

—Pero aun así podrían matarte.

—En tal caso concordaría muy bien con mi propósito, que es el de estar preparado para morir en cualquier momento.

Su fama cundió, como reguero de pólvora, por todo el Oriente Medio y los Balcanes, aun cuando variaba constantemente de residencia. Huía así, a fin de pasar inadvertido de las multitudes que le veneraban por su grande santidad.

Próximo ya a los ochenta años, se dio cuenta de que iba a morir. Y la viva idea del juicio divino no se apartaba de su mente. Todavía sus amigos le oyeron decir:

—¡Animo, alma mía! ¿Qué puedes temer? ¡Valor, alma mía! ¿Qué crees puede sucederte? Si hace cerca de setenta años que sirves a Jesucristo, ¿por qué temes la muerte? Y murió sin apenas haber terminado de pronunciar estas palabras. ¡San Hilarión, ruega por nosotros!

¡Para el Señor vivimos!

La legalización del aborto en Francia. - "¡Politique d'abord!"

Por J. ULIBARRI

Unos beneméritos amigos franceses, católicos de buena ley, nos participan su tribulación por la posible ampliación de la ley del aborto en su país, con la siguiente carta circular:

«Bien saben ustedes hasta qué punto la campaña a favor del "aborto libre" está tomando un carácter internacional. *Las organizaciones más o menos ocultas al servicio de la subversión mundial* han conseguido coordinar sus iniciativas de intoxicar la opinión pública de un extremo a otro de eso que aún se conviene en llamar «el mundo libre».

Después de América y de Inglaterra, es Francia quien está en trance estos días de un grave suceso. Nuestro Parlamento va a tener que enfrentarse con un proyecto de ley gubernamental. *En un plano humano, no se ve de ninguna manera cómo podremos evitar esa ley.*

Así que un mejor concierto entre los países interesados nos parece indispensable para que los esfuerzos de unos aprovechen a los otros.

Os enviamos adjunto un "dossier" que seguramente será útil a los que en vuestro país están decididos a batirse para evitar que la ley conceda ese «permiso legal de matar», cuyas consecuencias serían evidentemente una terrible matanza de inocentes.

Estamos a vuestra disposición para contestar a todas las preguntas que deseen relativas a las *maniobras revolucionarias* que se están desarrollando en Francia a este respecto, y proporcionarles los elementos de acción puestos en práctica entre nosotros para intentar hacer fracasar el proyecto de los "abortistas" y para *limitar el alcance de esta ley infame si no se consigue hacerla fracasar.*

En cualquier caso desearíamos que las revistas y periódicos de su país hagan conocer la valerosa oposición de las más representativas personalidades del Cuerpo Médico, de la Magistratura y de las profesiones jurídicas francesas.

Les envío adjunto el texto de la Declaración de los Médicos de Francia y de la Declaración de los Juristas de Francia.

El día 5 de junio próximo, a las quince horas, tendrá lugar una conferencia de prensa en la Domus Medica, 60 Boulevard Latour-Maubourg, en París, presidida por el profesor Jerome Lejeune. En ella se entregará a los periodistas la lista de los diez mil médicos franceses que han firmado la Declaración de los Médicos de Francia. Por supuesto, que *algunos representantes de su país serían muy bien recibidos* en esa conferencia de prensa que es necesario que tenga una gran repercusión en la causa por el respeto a la vida.

Le suplico que añada, mi querido amigo, la expresión de mis mejores sentimientos.»

Hasta aquí la carta de nuestros amigos franceses; los subrayados son nuestros. Me he reído solo de buena gana imaginando el estupor que en esa conferencia hubieran producido las reflexiones que todo esto suscita a un servidor de ustedes, celtibérico y quepasista. Ahí van:

1.º *Política nacional y política internacional.*—La influencia de lo que sucede en el seno de cada país y de la política internacional sobre una nación determinada es muy antigua, pero en nuestros días es mayor que nunca en función del desarrollo de los medios de comunicación y transporte. Este desarrollo incrementa también la actividad de las sociedades esencialmente internacionales y supranacionales, públicas, privadas y secretas y origina otras nuevas de espíritu invasor acentuadísimo. Confirman estos amigos franceses la evidencia que aquí nos produce la coordinación de las campañas contra el aborto en distintos países, de que no es casual sino manifestación de organizaciones secretas supranacionales. Para detectarlas, conocerlas y vencerlas son necesarios contactos internacionales de signo contrario.

Establecidos, de hecho, amplios sistemas de influencias internacionales, se justifica con una lógica impecable que cualquier actividad nacional a partir de un cierto volumen busque corresponsales en el exterior, aunque no sea más que como trámite de prestigio. La historia contemporánea muestra hasta la saciedad que la Iglesia Católica *no* presta los servicios de una Internacional Católica, a pesar de lo mucho que lo anhelan sus hijos y lo proclaman sus enemigos. Debemos, pues, proveer por nuestra cuenta a la necesidad de contactos internacionales, y eso es lo que hacen en esta ocasión nuestros amigos franceses.

Recordemos que el Principio de No Intervención en los asuntos de otros países está condenado en el *Syllabus* de Pío IX. La caridad, que es universal, autoriza y aun obliga a combatir el mal en todas partes donde se pueda.

Pero si en la búsqueda de apoyos y contactos internacionales se puede pecar por menos, despreciándolos, también se puede pecar por más, buscándolos prematuramente y pidiéndoles remedios que deben encontrarse en casa. Puede haber en esto violaciones del Principio de Subsidiariedad con el fin de disimular la pereza, la ineficacia o el fracaso de la acción a nivel nacional. Ejemplo bien reciente (13 de junio) de esta figura es la pintoresca carta del obispo de Perpiñán al de Barcelona pidiéndole que dificulte los viajes de españoles a su diócesis para ver películas indecentes, porque él no puede hacer otra cosa —dice— contra ellas.

2.º *La unificación de Europa.*—Europa avanza hacia su unificación política. Manes de la Sinarquía, que convierten a nuestros oportunistas previsores del porvenir en fervorosos europeizantes. Lo mismo que los separatismos, los gigantismos replantean a distinta escala todos los problemas nacionales. En la Europa unificada —que Dios nos libre— volveríamos a encontrar la polémica de la legalización del aborto, pero con una inversión de fuerzas: aquí y ahora dominamos los que la rechazamos y en Europa Unida prevalecerían los que la defienden y nos la impondrían. Lo mismo pasaría con el divorcio, la pornografía, la eutanasia y la libertad de cultos y demás libertades de perdición nacidas del derecho nuevo o liberalismo. *Parece mentira que haya católicos que no vean esto.*

Bien lo vieron, y en seguida, los rojos vencidos en nuestra Cruzada. Los primeros balbuceos europeizantes en España después de la segunda guerra mundial datan de la década de los años cincuenta y salieron exclusivamente de bocas rojas; pretendieron, no sin fundamento, buscar por ese camino una recuperación que por ningún otro atisbaban. Lo señaló muy bien en un precioso opúsculo, «Europa como evasión», Rubio Cordon en 1955. Durante varios años fueron esas bocas rojas las únicas servidoras de la causa de la Europa Unida entre nosotros.

3.º *Política de remiendos.*—No están muy optimistas los amigos franceses que nos escriben contra el aborto. Y es que el problema está mal planteado. Porque si explícita o tácitamente se admite la separación de la Iglesia y del Estado, si no se reacciona contra el laicismo de éste, no se ven impedimentos para la legalización del aborto, del divorcio, de la pornografía y de cualesquiera otros males. Todos los argumentos que oponen nuestros amigos son de orden natural y descansan en la semejanza del embrión con el adulto, como premisa imprescindible para poder calificar el aborto como variedad de asesinato. Pero esta semejanza encierra una petición de principio, que es el conocimiento por el Estado laico de la existencia del alma, importantísimo, pero único punto común entre el embrión y el adulto. Ignorada el alma, que es un conocimiento fundamentalmente religioso, hay que convenir que un embrión de un centímetro no se parece en nada a un bizarro, bigotudo y marchoso gendarme.

Estas quiebras son frecuentes en una política de remiendos, pobre, vergonzante, con respetos humanos, para ir tirando en vuelo gallináceo. Esta mediocridad política, miope y sin más horizontes que una mínima supervivencia diaria, se ha manifestado ya mucho antes con el elocuente silencio en torno a otros males no menores que nos acechan por igual: divorcio, pornografía, libertad de cultos, de democracia. ¿Qué nos han propuesto frente a ellos nuestros amigos de allende las fronteras? Nada; absolutamente nada, porque después de siglo y medio de liberalismo están familiarizados con ellos y porque en cuanto se plantearan en serio tres o cuatro colaboraciones de éstas sería inevitable centrar los problemas en la reconstrucción de la Cristiandad, y esto les viene grande.

4.º *Nuestra aportación*: «*¡Politique d'abord!*»—Antes de definir la aportación que ellos solicitan de nosotros hemos de agradecer a nuestros amigos franceses la que ellos nos envían: un folleto con los más rebuscados argumentos de los abortistas y las correspondientes réplicas, cargadas de buena fe y también... ingenuidad.

Pero lo nuestro es otra cosa. Por aquí siempre se ha preferido defender la fe con espadas de Toledo que con argumentos de Bizancio. La verdad es que no nos ha ido del todo mal. No quiero decir que esta realidad indiscutible sea doctrinalmente perfecta, y que por otros medios distintos no se hubieran podido alcanzar mejores resultados. Pero así ha sido y es. Por otra parte, sería impío olvidar el consejo evangélico «por los frutos los conoceréis».

Con una táctica de remiendos no se va más que a morir de sustos y de miseria. Entrar en diálogos con el enemigo es caer en su más sutil emboscada. Hay que ir a un planteamiento esencialmente distinto, que es restaurar la Soberanía Social de N. S. Jesucristo, y entonces los abortistas no cruzarán nuestras fronteras. Hay que empezar por el principio.

Lo curioso es que si vamos a fijar objetivos magnánimos se repite en esto una constante de siempre: que los franceses descubren las soluciones y las escriben, pero no las llevan a cabo, y nosotros, analfabetos o abecedetos, poco o nada escribimos, pero realizamos intuitivamente lo que ellos conciben. Así, pues, estamos ante la paradoja de que nuestra aportación a la batalla francesa contra la legalización del aborto es nada menos que remitirles a dos soluciones que ya tienen en su propia casa. Trabajen en la Contrarreforma de la Iglesia; tienen para ello todo el material del movimiento del abbé George de Nantes y su «Contrarreforma Católica en el siglo XX». Trabajen también, y simultáneamente en la conquista del Estado; apliquen a ello el acervo de Acción Francesa. Maurras vio genialmente en su tiempo que en un orden de prioridades cronológicas dentro de un plan para reconstruir la Cristiandad en Francia, «en primer lugar, la política». «¡Politique d'abord!». ¡Cuánto más cierto es esto hoy en día en que la propia Jerarquía no acierta a salir del lío en que se ha metido!

A LA CAZA DE VERDADES

Por M. SEMPRUN GURREA

Comentando o, mejor, dejando a los lectores que comenten. El 8 de febrero 1973 fue sentenciado a tres meses de prisión y a pagar una fuerte suma el abate Luis Coache, francés. Apeló y espera que el segundo juicio se celebre en Rennes entre la Pascua pasada y julio. Crimen cometido: entró en una iglesia y vio esparcidas por todos los bancos unas revistas; después de examinar una que contenía artículos y fotografías cuya descripción ofendería a nuestros «quepasistas», las destruyó todas. Denunciante: el párroco... Sin duda será uno de esos de quienes certifique su obispo que es «sacerdote ejemplar». Pues bien: apaga y vámonos. En la iglesia de San Germain l'Auxerrois de París, un emblema sacrílego: signos masónicos, hoz y martillo, figura grotesca clavada en una cruz. Se aperciben de ello los fieles, avisan a otros; en total, 150 «integristas» se reúnen en el templo y exigen a los curas de allí que lo quiten. Se niegan..., pero en Francia todavía hay quien guerrillea por Cristo; el emblema cae al suelo destrozado, mientras un gran número de policías, con cascos y matracas, se lanzan al ataque; un joven, de los de Cristo, es gravemente herido. Alguien logra imponer su voz y explicar los hechos. Estupor de los guardias que, según ellos mismos declaran, habían sido «alertados» por el arzobispado. Emotiva escena final: la Policía pide disculpas, y junto con los fieles cantan en desagravio «Salve Regina». Después van todos a la comisaría para dar cuenta del suceso. Terminado lo cual, el comisario dice a los acusados: «Han cumplido ustedes con su deber; nosotros cumplíamos el nuestro, puesto que fuimos llamados, perdonen nuestra primera actuación.»

Holanda no se compone solamente desuperbuenísima manteca, queso y cerveza, desatinos y bravatas de Alfrink, obreros bien pagados, bicicletas y «peponas» relucientes, en las diferentes clases sociales. Existen también las tragedias familiares, las subversiones políticas y el creciente temor de que fallen las colonias que proveen al país hasta hacer posible los altos sueldos. Pero nadie aconseja la desaparición del colonialismo holandés.

Si fuera Portugal, pequeño, católico y bondadoso, llegaría muy alto el clamor de acusación; se ignoraría todo el bien que ha hecho, que reconocen y hasta pregonan sus súbditos sinceros; se alentaría, moralmente, el programa de conseguir la independencia mediante asesinatos, etc.; pero Holanda es otra cosa. Se la necesita con su mercado de diamantes que ha cedido bastante ante el de las drogas; con sus escaparates de desnudos, que cubren una calle entera y hacen magnífica publicidad al negocio de la «trata de blancas» y a otros mucho peores. Que ocupe el trono rey o «Roque» no tiene ya en estos tiempos gran importancia, sólo se desea un individuo que se deje manejar por el «amo del mundo», como lo vio venir, en visión profética, el santo convertido Roberto Hugo Benson.

Si hay cierta tendencia a acabar con la monarquía, es «fruta del tiempo» y habilidad de aprovechar la ocasión viendo a una soberana en tristes circunstancias familiares, careciendo del apoyo de un consorte demasiado ocupado en llevar a cabo programas internacionales o muy personales y sufriendo la desdicha de una hija ciega a quien se trata de curar, y es comprensible, por todos los medios, incluso el de echar mano de una pitonisa que fracasa lo mismo que la ciencia médica, pero que, como suele ocurrir en estos casos, se adueña de voluntades y de cantidades fabulosas.

Y esto no es todo: allí están los canales, pintorescos y malolientes, y lo que aquí llamaríamos «tascas» con sus «tapas» y bebidas y las famosas viejecitas alegres que cantan canciones provocativas subidas encima de las meses. Y, por fin está el Museo de Amsterdam, joya mundial de incalculable valor. Aunque por debajo del Prado, cuenta con una gran colección de cuadros de primera categoría; destaca, entre todos ellos, la «Ronda de la noche», de Rembrandt, a la cual colocaba entre los tres más célebres de la pintura universal el insigne pintor que durante cincuenta años dirigió felizmente nuestra inigualable Pinacoteca. (Los que conozcan a fondo la historia de la pintura sabrán que se trata de Fernando Alvarez de Sotomayor, modelo de artistas, de caballeros y de directores.)

En el Museo holandés pudo llevarse a cabo la estafa más importante y espectacular en lo concerniente a cuadros. Durante una larga temporada estuvo expuesto, en una sala dedicada solamente a él, un lienzo magnífico, reconocido por grandes críticos y conocedores de arte como obra auténtica de Rembrandt. Por allá desfilaron aficionados, entendidos en la materia, periodistas ávidos de dar la sensacional noticia del hallazgo y público curioso capaz de estropearlo con la vulgar manía de «ver con las manos» si una cadena protectora no hubiese impedido el acercamiento. Se escribieron artículos, se prodigaron elogios, se comentó con admiración y... se descubrió al fin el engaño. El autor real ha muerto en la cárcel no ha mucho; ante los jueces su disculpa fue que alcanzaría más alto precio si daba el nombre de Rembrandt en vez del suyo... Como estafador, bien estaba la sentencia; ahora que, como pintor, merecía la medalla de oro. El imitar al gran maestro holandés de tan perfecta manera es empresa ardua, aunque se dé el caso de que usara un número muy reducido de colores debido al poco dinero de que disponía para procurarse muchos y variados. Según él confiesa, ganaba de sobra, pero siendo «buen vividor», gastaba en demasía. Esto lo pudo constatar Velázquez cuando hizo de acompañante suyo para mostrarle —en su primera visita a Madrid— las bellezas de la Villa y Corte. Ambos pintores tuvieron entre sí amistad sin que llegaran a estar de acuerdo en las formas de ejecutar el arte de la pintura. Afirmaba el flamenco que en ocho horas se hacía un cuadro, a lo que contestaba «el gran señor de la pintura universal» (Laffont, crítico francés) que *si* podía hacerse siempre y cuando se dejaran sin realizar las tres cuartas partes del lienzo.

La sal se ha hecho insípida, sobre todo si se llama «Sal Terrae» y se ha «aggiornado». Ya sabemos que la «contestación» es indispensable para el «aggiornamento». El tema no tiene importancia, la cuestión es ponerse de acuerdo para protestar y, de mayor efecto cuya presencia parece realzar más el encuentro y si deja por su aún, procurar que presida la reunión un auxiliar de la diócesis, parte «incontestados» los disparates es, ante la plebe, una autorización de los mismos. Así es que hay que estar atentos: que el Papa nos recuerda que el sacramento de la confesión no ha cambiado, digamos algo tan «original» en contra como que supone un martirio psicológico y lamentemos que no lo entienda Pablo VI. Por supuesto, no es el único; ¿cuántos Papas desde Trento y cuántos antes? Lo que no se especifica al hacer la afirmación es: ¿Para quién resulta martirio? Muchas horas en el confesionario escuchando sandeces o pasando apuros por no saber ni moral ni teología, lo cual impide resolver problemas graves que pueden presentarse, sí que es martirizante. Además, el trato individual, la salvación o, por lo menos, orientación de un alma sola —aunque de ahí surja luego Carlos de Foucauld o San Francisco de Sales— no ofrece al confesor ocasión de lucirse ante los hombres, de publicidad, de salir en los papeles, como pudiera ser cuando se dirige uno a las masas o se publica un libro escandaloso, para lo cual hoy día no se necesita ser escritor ni orador, sino sencillamente desvergonzado. Una absolución general, al principio o final de la misa, le ahorran a uno muchas horas de «latazos», horas que pueden aprovecharse para la inmersión, cada vez más honda, en el mundo. El obispo «modernista» lo entiende; es tan comprensivo, tan abierto, que nos recuerda aquella frase de Chesterton: «Quien presume de tener la mente abierta a todas las ideas y doctrinas, es como quien va con la boca abierta por la calle, se traga el humo, el polvo y hasta las moscas»...

¿Quién devolverá a la «Sal» su sabor? Por ahora parece ser que nadie. Los superiores siguen lavándose las manos. ¿Será que el subconsciente les dice lo sucias que las tienen? Mientras se frotan, la vista está fija en otra parte: la posibilidad de hacer algo nuevo, no contentándose con seguir la línea del fundador. Por ejemplo, continuar destruyendo lo fundado y apoyados en las respuestas que a sus encuestas dan sus súbditos (eso de «súbditos», ¡perdón!, es una costumbre...) emprender otra fundación, que bien pudiera ser una institución con cabida para los casados.

Si es imposible negar la Resurrección..., ¡*deformadla*!... El decreto satánico que esto ordena *no* es la primera vez que se promulga, pero quizá antes *no* había llegado tan lejos. El catolicísimo diario madrileño que presume de «órgano» de la Iglesia y está bajo la tutela de Dadaglio daba cuenta en abril de una conferencia pronunciada por un cura francés en cierto instituto madrileño. En ella se afirmaba la corrupción del cuerpo de Cristo y, no pudiendo rotundamente negar su resurrección, se hacía de ésta algo vago, etéreo, transformado, mezcla de ilusión y efecto; en fin, nada original en estos tiempos, pues olía a plagio con ribetes de invento. Ni que decir tiene que el conferenciante *no* fue refutado ni el rotativo lo censuraba. ¡La «apertura» nos recuerda a esos cerdos colgados en los escaparates de las carnicerías y abiertos de arriba abajo!

En oración y desagravio: el 25 de marzo pasado, celebrando la fiesta de la Asunción, seiscientos católicos franceses pasaron la noche entera ante el Sagrario en Nuestra Señora de las Victorias de París. Días antes una pobre mujer, tan desgraciada como necia, aparecía en la televisión francesa declarando haber matado en sus entrañas al fruto que en ellas llevaba, y sin duda, para disimular el remordimiento que tenía por lo menos en el subconsciente, pronosticaba toda clase de bienes al sexo femenino si se llegaba a alcanzar, en un año, la cifra de setecientos mil fetos sacrificados en el país. Histéricamente la infeliz clamaba: «Ya soy libre, me dedicaré a liberar a las demás, puedo abordar la política, mi cuerpo es mío» («L'Homme nouveau», 15 de abril 1973). La desdichada ignora que esa posesión no es cierta y confundía el libre albedrío, merced al cual podemos elegir entre el bien y el mal con el uso —por más o menos tiempo— de una cosa que, como en el caso del cuerpo, se nos ha dado prestada por el Dueño y Señor de la vida y la muerte. Su incoherencia era tan marcada, que después de haber aconsejado la matanza de tantos inocentes, arremetía contra Hitler y denunciaba el número de sus víctimas en Francia, las cuales, por cierto, no llegaron, ni con mucho, al número que ella intenta alcanzar. ¡Como luego nos aseguró que era demócrata, ya no nos extraña nada!

Sorpresas vaticanas. Pablo VI, con paternal solicitud, nos da alguna vez una agradable sorpresa, y así fue cuando el 25 del pasado marzo, antes de bendecir a la muchedumbre reunida en la plaza de San Pedro para recitar la salutación angélica, el Papa dijo: «Hoy es la festividad del «Angelus», y aunque en la liturgia prevalezca la del tercer domingo de Cuaresma, ayer se celebró la otra, lo cual no obsta para que hoy se reavive la tradicional devoción del pueblo fiel a la Santísima Virgen.» Luego comentó detenidamente las maravillas de la Redención que comenzaron con el Misterio de la Encarnación, «acontecimiento único, el más *innovador*, el más bello de la Humanidad..., el Verbo hecho hombre por obra del Espíritu Santo en la Virgen María»...

Estas palabras nos dan ocasión de celebrar dos veces la «Anunciación»: el 25 de marzo, que, según Su Santidad, no ha cambiado y la otra fecha inventada por modernos liturgistas.

YO TAMBIEN CREO EN LA ESPERANZA

Por M. M. CANO

Yo creo en la esperanza, sí; creo en la esperanza que tengo depositada en nuestra juventud, en nuestra sana juventud católica, la que, como nuevos Macabeos, ha levantado bandera ante la ola de herejías e impurezas que va calando, como el humo de Satanás en la Iglesia, en todas las esferas sociales.

Sí, creo en mis amigos jóvenes que con ilusión y espíritu de entrega han invadido los rincones de la bella y majestuosa Barcelona de hojitas del mes de mayo, del mes de Nuestra Madre Santísima. Rezándolo ellos con devoción al término de la jornada.

Creo en esa juventud cristiana que rebosante llenaba el santuario de Nuestra Señora de la Merced, después de haber dado testimonio público rezando a viva voz el Rosario por las populares Rambas barcelonesas, acompañando y llevando a hombros a Nuestra Señora de Fátima.

Creo en esos jóvenes que robando horas al sueño y a su merecido descanso reparten por los barrios barceloneses las doctrinales hojitas «Mensajes de Fe», que a tantas almas ha abierto de nuevo el sendero de la Gracia, de la Esperanza en su Dios y en su Madre del cielo, única y auténtica Esperanza.

Sí, yo creo en esa juventud católica que al comenzar el día alza el corazón al cielo para ofrecer a su Padre todos los sufrimientos, alegrías y trabajos, que rezan el Rosario a diario, que no pueden dormir si antes no han hecho su examen de conciencia, que frecuentan los sacramentos de la Eucaristía y Penitencia, que amando a Dios aman y obedecen a sus padres, que dejando atrás las cosas del mundo se han lanzado tras Cristo-Jesús por el camino angosto y estrecho que lleva al cielo y que por ello sus domingos los santifican cumpliendo con lo que manda la Iglesia, y su descanso es dar catecismo, visitar enfermos o, en cumplimiento de una promesa, ir en peregrinación a algún santuario mariano.

Creo en mis amigos que han abandonado el mundo que se corrompe, se han retirado a la soledad y silencio de la Cartuja para con sus oraciones y mortificaciones hacer de pararrayos a la justicia divina. Creo en estos otros amigos que para dar testimonio de Cristo han dejado familia, Patria, amigos, para llevar el mensaje de Cristo a lejanas tierras paganas.

Creo en aquellos que han ingresado en los pocos seminarios sanos que quedan en España con el firme propósito de formarse sólidamente bajo la doctrina perenne de la Iglesia, sólo y exclusivamente para ser ministros de Cristo. No representantes de ideologías no sólo paganas, sino anticristianas.

Creo en los miles de jóvenes que en Barcelona, en Navarra, en todos los pueblos de España, fieles a las enseñanzas de sus mayores, viven su vida simplemente en cristiano.

Creo en todos aquellos que han bebido en las fuentes evangélicas de los Ejercicios ignacianos y que, consecuentes con ello, se han lanzado a implantar el Reinado Social de Jesucristo, y para ello luchan contra la masonería, el marxismo, el comunismo, contra todas las sectas y contra el padre de todos ellos: Satanás, ese ser infernal que odia a Dios, que a sus posesos les infunde este mismo odio y que quiere llevarse a toda la humanidad con él a sufrir eternamente en el infierno.

Y, por eso, porque creo en la Esperanza que tengo en mis amigos jóvenes, no creo, no puedo creer en eso que llaman esperanza unos cuantos fracasados y amargados viejos. No creo en esas minorías que predican un cristianismo «comprometido»... a no predicar a Cristo. Un cristianismo en el que hasta es inoportuna la sola presencia de la Madre de Dios.

No, señores, no; no creo en esos sacerdotes que con epítetos de postconciliares corrompen las almas dentro del seno mismo de la Iglesia, mientras los «perros mudos» callan, sin decir palabra al ver que los lobos devoran sus ovejas.

Pero sí creo en mi Esperanza, porque ahí está esa juventud cristiana que ha tomado conciencia del dramático momento por el que atraviesa la Iglesia, y no conforme con una piedad y vida rutinarias, se forma en la doctrina del único y auténtico Magisterio de la Iglesia, para vivir su fe valiente e intrépidamente, para que, reinando Cristo en sus corazones, reine en el de todos los hombres. Para distinguir, como ya saben, al «lobo», aunque vaya vestido de oveja. Y que, si llega el momento, están dispuestos, con la gracia de Dios, a dar su vida por Cristo y si fuera preciso por sus auténticos pastores de la tierra.

Sí, los jóvenes sabemos muy bien que Cristo protegerá su Iglesia hasta el fin de los tiempos, pero nosotros, que no queremos ser menos que los mártires de nuestra última Cruzada, deseamos con todas nuestras fuerzas, por gracia divina, entregar nuestra vida cotidiana como ofrenda martirial para conseguir lo que ellos no vieron, que Cristo reine en nuestra Patria.

Esta es la verdad de mi Esperanza y ésta es la Esperanza en la cual creemos los jóvenes de la católica España.

¿Los obispos no pueden formar parte de las Cortes ni de los Altos Consejos del Estado Católico?

¿Quién es quién para impedirlo?

Por ORS D'ALVA

Nada tiene de particular que en la forma cómo se va desarrollando el postconcilio se haya podido llegar, por parte de la Conferencia Episcopal Española, es decir, por una parte de la misma, ya que el voto no fue de la totalidad, hasta donde se ha llegado, referente a la negativa de que los obispos españoles puedan formar parte de las Cortes y de los altos órganos del Estado.

¿No se habrá incurrido en una lamentable confusión basándose en que en España las leyes civiles garantizan hoy la libertad religiosa?

No porque en España civilmente, de acuerdo con sus leyes, esté hoy garantizada la libertad religiosa, los católicos, y con mayor motivo los obispos, *han dejado de tener la obligación* de velar para que las leyes y las costumbres estén de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, pues, precisamente, ha de ser todo lo contrario, ya que el verdadero fruto del Concilio Vaticano II ha de consistir en hacer más auténtica la vida cristiana de los individuos y de las colectividades, o sea, de los pueblos.

Vayamos ahora a considerar si un súbdito español por haber sido elevado a la dignidad episcopal ha perdido algunos de sus derechos.

Ni desde el punto de vista civil ni eclesial el obispo ha dejado de ser ni ha desmerecido nada como ciudadano español, continuando, por tanto, teniendo los mismos derechos de antes. Si, pues, todo español puede llegar un día a formar parte de las Cortes legislativas, ¿por qué no ha de tener el mismo derecho un español que ha llegado a la dignidad episcopal?

En las Cortes han de estar representadas todas las actividades para su autodefensa, ya que nadie mejor que uno mismo para conocerlas, exponerlas y defenderlas si conviene. Pero por lo que es y representa el obispo, su presencia dentro de las Cortes y de los altos órganos del Estado es mucha más necesaria y, por tanto, conveniente.

Toda disposición legal y toda actuación de la autoridad han de contener siempre un principio de justicia, de caridad y de prudencia. Y ¿quién mejor que un obispo para velar para que estas virtudes informen toda la legislación y todas las actuaciones dimanantes de la autoridad?

¿Es que a los obispos españoles les es indiferente que las leyes sean o no sean inspiradas y basadas en principios evangélicos?

Participar e influir en la misión importantísima de redactar las leyes y regular las costumbres de la nación, ¿puede ser tenido como actividad política? ¡De ninguna de las maneras!

Se trata de una actividad cívica y moral que afecta a todos los ciudadanos y más especialmente a los que poseen más cualidades para dicha misión. Y, al llegar a este punto, concreto y claro, uno no puede menos que preguntar: ¿Qué es, en realidad, lo que ha movido a ciertos obispos a declararse contrarios de que colegas suyos formen parte de las Cortes y organismos superiores del Estado español? ¿Unos fines pastorales o unos fines políticos? Puede que algunas consideraciones nos lo aclaren.

Según el Concordato en vigor entre la Santa Sede y el Estado español, y conforme a las concesiones de los Sumos Pontífices San Pío V y Gregorio XIII, dentro de la santa misa, los sacerdotes, en España, han de rogar por la nación y por el Jefe del Estado.

¿Por qué son tantos los casos *en que esta oración no se formula*? Como sujetos responsables, ¿por qué los obispos no se preocupan, aprovechando las asambleas y exhortaciones para que esta omisión sea corregida?

¿Es que no se cree ya en el fruto de esta oración? ¿Es que no se siente la obligación moral de rogar por la Patria y por las autoridades que la gobiernan?

¿Es que tal vez se mira con indiferencia la actuación de la autoridad civil? La respuesta a esta pregunta concreta, que la den ellos mismos y que la dé todo español consciente, a juzgar por las alusiones que vienen haciendo a los conflictos sociales, laborales y de otros órdenes. ¿En qué quedamos, pues?

¿Es pastoral o político este proceder? ¿No sería esta una *política sin pies ni cabeza*?

¡Señor, a quien nadie puede engañar, ya que conocéis la Verdad en todas las cosas, iluminad y dirigid a nuestros obispos para que, en unidad de verdad con el Papa, sean fieles y constantes imitadores del BUEN PASTOR!

CARTA ABIERTA AL ALMIRANTE CARRERO BLANCO

(Comentarios a una foto) Por ENRIQUETA ESCUDER

Excmo. Sr.: Fue una alegría que puso lágrimas de emoción en muchos ojos, que (a pesar del *humo* y las nieblas que por desgracia envuelven a España) ven todavía claro, el nombramiento que su excelencia el Generalísimo, con esa intuición maravillosa con que Dios le ha dotado, previniendo los tiempos de prueba que nos aguardaban, ha otorgado al mejor de los españoles.

Impresiona la fotografía en que la sonrisa de Franco deja entrever alegría, confianza, descanso, afecto y esperanza y la mirada de sumisión, de entrega, de una lealtad insobornable, de un cariño y amistad a toda prueba de una inteligente energía sin claudicaciones de ninguna clase, pone en los ojos de V. E. Ese apretón de manos entre dos valientes soldados que lo han puesto TODO al servicio de España, sin hacerles vacilar ni traiciones, ni zancadillas, ni ingratitudes repugnantes de los que más debían estar reconocidos a su entrega. Ese apretón de manos entre dos dignidades de las que ya quedan pocas en el mundo, lleno de cobardías, de envidias, de claudicaciones vergonzosas, de una oleada de basura que casi nos ahoga; ese apretón limpio de dos HOMBRES (que también van quedando pocos), ese apretón lleva en su limpieza y su calor el de muchos españoles que también pondrían sus manos jurando sobre ellas que no están dispuestos a vender a España y que confían ciegamente en ese gesto prometedor y hermoso.

Del mismo modo que se puede (el que sabe hacerlo) leer entre líneas, también se puede (el que sabe sentirlo) leer en esa foto y captar todo lo que encierra de dignidad, de belleza, de promesa y de lealtad. Vale la pena guardarla para recrearse en algo hermoso que poco va quedando, y para preservarse de ese aire pestilente que se introduce donde menos se podía pensar y de ese famoso «humo de satanás», que lejos de disiparse parece que encuentra cada vez más *rendijas* en esa Iglesia que tanto nos ha costado a todos los buenos españoles reconstruir, sin sospechar que tras los incendios quedarían esas malditas grietas para ir arruinando, menos espectacularmente, pero con igual saña, lo que tanto costó levantar.

Por ello, también en esa foto de dos CATOLICOS de verdad, vislumbramos una esperanza que no haga inútil la sangre de tantos mártires, que ridículas filosofías trasnochadas y estúpidas teologías de cuatro amargados envidiosos quieren ahora pisotear.

Esa señera figura de dos HEROES (cosa que repugna a los cobardes, incapaces no sólo de serlo, sino de comprenderlo) nos llena de esperanza y nos infunde ese coraje que algunos desdichados no tienen para seguir en la brecha bajo tan magnífico mando. Que Dios les bendiga y ayude y conserve muchos años para bien de España y de los buenos españoles. Así lo pedimos.

Del fondo de resistencia de ¿QUE PASA?

Nos complacemos en comunicar a nuestros queridos amigos y benefactores los últimos apuntes de la situación de Caja de este fondo constituido por vuestra ayuda fraterna.

	Pesetas
Saldo disponible anterior ...	70.150,—
Nuevas aportaciones.	
Srta. María Carmen Abad Rubio, de Zaragoza ...	3.000,—
Don Ramón Esteban, de Zaragoza ...	1.500,—
Un caballero del Pilar, de Zaragoza ...	500,—
Un oscense, de Zaragoza ...	500,—
Total aportaciones ...	75.650,—
Gastos.	
Los correspondientes, debidamente justificados de Dirección y Redacción durante el mes de mayo ...	6.750,—
Saldo disponible al 20-VI-73 ...	68.900,—

LA "RENOVACION" ECLESIAL Y EL PUEBLO FIEL

Triste espectáculo el que nos dan muchos de nuestros pastores. Como obedeciendo a una consigna invocan la palabra «renovación», cuando la auténtica renovación es el antídoto para la extirpación de todos los males que aquejan a la Iglesia de Cristo. El pueblo fiel intuye el significado que le quieren dar a este vocablo, tantas veces repetido y al que combate al grito de cambio, cambio, cambio... y eso no. No se puede engañar al católico ni al indiferente ni a nadie. El creyente no puede ser objeto de caprichosas manipulaciones que se prestan a arrastrarle hacia una religión materialista. No es claro ni limpio el lenguaje de muchos de los miembros de la Jerarquía ni tampoco la tolerancia cobarde de tantos que se callan ante las tremendas desviaciones y aberraciones que se propagan en nombre de esa falsa «renovación».

Veamos por partes esta escalada de «renovación» que señalamos a continuación: 1.° Muchos de nuestros clérigos al revestirse no lo hacen sobre la sotana, como está mandado, sino sobre la chaqueta, jersey, camisa, etc. 2.° El atril sustituido por la incómoda almohadilla, que obliga a ciertos sacerdotes a mantener entre las manos el misal mientras leen las oraciones. 3.° El reclinatorio desaparece de bastantes iglesias para obligar a los fieles a comulgar de pie. 4.° «Daros fraternalmente la paz», ¡triste visión! ofrecer la mano a la derecha, a la izquierda, delante, detrás e incluso al del banco vecino, cuando en nuestros pueblos existe la buena costumbre de hacer una simple inclinación de cabeza al de la derecha y al de la izquierda, musitando la palabra paz.

Sigue la escalada: 1.° La colecta «et famulos» suprimida por muchos sacerdotes. 2.° La frase «Dios de los Ejércitos» sustituida por «Dios del Universo». En un mundo que es todo lucha: contra el hambre, las enfermedades, la ignorancia, etc., los vicios, las pasiones, etcétera, requieren un ejército de hombres prestos a luchar con armas materiales, aunque sean el arcabuz, la pica, la ballesta y otras en defensa propia y las armas espirituales como el ayuno, la oración, las privaciones, sacrificios, etc. Les molesta el ejército de la fe, el ejército de la verdad, aquel que quisieron apuñalar en la tristemente famosa Asamblea Conjunta del año 1971. Ese ejército, que no sólo mantuvo a raya al comunismo, sino que lo destrozó y aniquiló. ¿Es éste el que echan de menos ciertos fariseos? 3.° La frase: «De que le sirve al hombre ganar el Universo si pierde su alma», reemplazada por «de que le sirve al hombre ganar el Universo si arruina su vida», etc.

Afírmate en la fe, nos dice el Papa Pablo VI, pueblo creyente y no desmayes, que la victoria la da Dios a los suyos aunque siga increscendo la escalada: Sacerdotes que abandonan la sotana, frecuentan salas de fiestas, discotecas, centros de dudosa moralidad, suprimen rosarios, novenas, procesiones, culto externo, etc.

Si renovar significa corregir, enmendar, perfeccionar, en las escaladas, que hemos expuesto no se ve por ningún lado esa tan cacareada «renovación», desprecian elementos que aunque no sean esenciales a su perfeccionamiento, arropan y favorecen la verdadera renovación que el Magisterio nos pide.

En la gran familia de la Iglesia católica presenciamos el deprimente escándalo de renegar y olvidar a los mejores y más probados de sus hijos que no obedecen los planes de la subversión y ese núcleo que es el más firme baluarte contra la revolución forma la Iglesia de Cristo, la Iglesia católica, y esta Iglesia católica y de Cristo es la de siempre, la de todos los tiempos, la de los apóstoles, la de los mártires, la de las vírgenes, la de los santos, la de los perseguidos, la de los oprimidos, la de los pobres de espíritu, que constituyen un numeroso y aguerrido ejército que nos señala el camino que conduce a la meta reservada a los denonados soldados vencedores del mundo, demonio y carne.

T. G. P.

DEL "SITIO" DE ZAMORA

Barco a la deriva en un mar agitado y bravío

«No se ganó Zamora en una hora»,
ni nadie por sagaz en su quimera
logró menguar su fe, que no perdiera,
porque su fe y su honor los atesora.
Patrimonio del alma, los valora,
aunque tanto le niegan en la espera
de otro mundo mejor en su carrera
desbocada, sin frenos y agresora.
Pues no es «mundo mejor» el desconcierto
de un vivir en tinieblas, y aún más grave
es cuando a la deriva tras el puerto,
sin timón navegando va la nave
de escollera en escollo, sin concierto.
¡Sólo su Capitán, que es Dios, lo sabe!

MARCELINO GONZALEZ CIFUENTES

NECESIDAD DE CONVERSION ANTE EL 9.º MANDAMIENTO

Por el P. Jesús ECHEVERRIA

Si es cierto que en los dos primeros mandamientos están comprendidos todos los demás, la Ley y los Profetas, como nos dice Cristo, no ha de extrañarse que digamos que el nono mandamiento no es sino una particularidad del décimo y que, por supuesto, está contenido en el que nos prohíbe desear los bienes ajenos. Pues ¿qué bien más ajeno que la mujer del prójimo, cuando el mismo San Pablo nos dice que «la misma esposa no se pertenece a sí sino al marido, y que el marido no se pertenece a sí sino a la esposa»? Ciertamente, pues, la esposa, y lo mismo digamos del esposo, ambos tienen propietario, que como en el décimo mandamiento nos es vedado, en vida de su dueño, lo que ni siquiera nos es vedado con otros bienes ajenos, cuando por ellos ofrecemos su correspondiente valor. De algún modo, pues, aunque este mandamiento esté contenido en el décimo, sin embargo tiene una peculiaridad que no la tienen los demás bienes del prójimo. De éstos su dueño puede usarlos, venderlos o darlos. Con relación a la esposa o esposo, si ellos no se pertenecen a sí propios sino a su consorte para el uso honesto y noble en el santo matrimonio, se podrá en determinados casos renunciar a los derechos, se podrá incluso en casos más excepcionales negar temporaria o perennemente estos derechos al legítimo hasta entonces dueño del consorte; pero jamás transferir, cambiar o donar estos derechos a un tercero. Y si esto no lo puede hacer ni el propio dueño, ¿cómo podrá ni siquiera desearlo ningún otro?

Por todo esto podemos comprender el terrible absurdo e incomprensible silencio de las respectivas autoridades católicas, cuando como dice «Iglesia Mundo»: «DESDE EL INTERIOR MISMO DE LA IGLESIA e incluso desde algún tipo de organismo semioficial de la misma, se ha pedido que el Estado implante el MATRIMONIO CIVIL OBLIGATORIO para todos los españoles, quedando el matrimonio canónico como un acto voluntario y optativo, de carácter meramente privado, para aquellos que lo deseen». Porque si para justificar esta aberración invocan la «libertad civil en lo religioso», ¿POR QUE NO PODRIAN OTROS INVOCAR LA LIBERTAD RELIGIOSA O DE CONCIENCIA y así podrían también pedir que EL ESTADO NO IMPUSIESE A NADIE LA INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO, como ya prevalece en la gran mayoría de las naciones, a comenzar por las de más progreso? Y siendo así, ¿DONDE IRIA A PARAR EL NONO MANDAMIENTO? Si es lícito el divorcio, por las razones que fueren, que siempre habrá posibilidad de aumentarlas, es claro que también HA DE SER LICITO COMPRAR, VENDER, TRANSMUTAR O DEJAR EL PROPIO CONSORTE, y para eso apelar al divorcio. No sabemos si los que defienden el matrimonio civil obligatorio, «DESDE EL INTERIOR MISMO DE LA IGLESIA E INCLUSO DESDE ALGUN TIPO DE ORGANISMO SEMIOFICIAL DE LA MISMA», desearían llegar a que también se implantase el divorcio; pero no hay duda, que si ellos no sacan esa conclusión —QUE LA VEMOS TAN LOGICA PUESTOS SUS PRINCIPIOS— como la que ahora defienden, YA HABRA OTROS QUE LLEGUEN HASTA AHI Y UN POCO MAS ALLA. Hay que tener mucho cuidado para sentar principios porque infalible sólo es la Iglesia en materia de fe y costumbres. Y si en esto se yerra, no hay nada que pueda quedar en pie. Los errores en economía, comercio, política, progreso, etc., pueden subsanarse con leyes contrarias o procedimientos diferentes; pero si contradecimos o erramos la moral y la doctrina de siempre, ¿cómo podríamos convencernos que ahora estamos en lo cierto y que todo lo demás es verdadero o falso según se ha enseñado?

No defendamos, pues, jamás, ni nos pase por la mente siquiera, por lo menos a nosotros los católicos, el que el Gobierno —Y MENOS UN GOBIERNO CATOLICO— venga a establecer como único matrimonio necesario el civil, que estaremos abriendo las puertas al divorcio —QUE ES HEREJIA, pensando en católico— y de algún modo decir insolentemente a Dios: pues te has equivocado al imponernos el nono mandamiento; porque si puede uno divorciarse, ¿por qué no ha de poder desear la mujer del prójimo aunque sea como primer paso para obtener el divorcio? Y si legión son hoy los que tienen necesidad de convertirse bajo este aspecto del NONO MANDAMIENTO —y baste para eso el sinnúmero de casos en que ya la mujer del prójimo está en brazos de un tercero o cuarto, los que están en vías de desarrollo (?) o se prostituirán aun entre católicos, si llegara el caso—, no serán menos los que tengan que convertirse cuando no hay verdadera formación en la aceptación de la enseñanza evangélica que la Iglesia siempre ha profesado sobre el particular.

Y si la ley civil no puede atajar ni siquiera condenar la violación de este mandamiento porque se trata del foro interno, hay otra ley mucho más poderosa, más eficaz, insobornable, inapelable, segura, infalible y divina —EL NONO MANDAMIENTO— que vigila, protege y castigará lo que ni el Gobierno ni la misma Iglesia son capaces de adivinar, como son: los más recónditos pensamientos donde alguno de ellos dé guarida al deseo de apenas traicionar el derecho irrenunciable, absoluto, de los esposos sobre su respectivo consorte. Es el mismo Cristo quien calificó de adulterio no sólo el hecho, sino el deseo del hecho adulterino: «Quien mira a una mujer para desearla ya cometió adulterio en su corazón», nos dice Cristo. Claro que por el camino que vamos en esta desenfrenada carrera, si no encontramos algún «STOP» y los «GEMELOS» de las carreteras postados uno a cada lado de la señal de parada, de nada nos servirá TODA LA CONCIENCIACION, TODA LA PERSONALIDAD, TODA LA RESPONSABILIDAD, TODA LA MADUREZ, TODA LA DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA; pues si el HECHO DE LA INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO lo ponemos en entredicho con el pedido de la LEGISLACION DEL MATRIMONIO CIVIL OBLIGATORIO, puerta abierta para la misma LEGISLACION DEL DIVORCIO, ¿quién irá a hacer cuestión o a darle importancia a un DESEO, aunque los MANDAMIENTOS DE DIOS —EL NONO y el décimo— lo prohíban y aunque el mismo Cristo lo condene? En estos tiempos ni el mismo San Agustín se atrevería a insinuar lo que prescribió en su regla para sus monjes, si fuese a seguir la mentalidad de hoy, cuando dijo: «NO SOLO EL DESEAR A LAS MUJERES, SINO HASTA EL QUERER SER DESEADO POR ELLAS ES CRIMINAL. ¡QUE POBRE SAN AGUSTIN!, ¡QUE POBRE CRISTO! Dirán muchos hoy: Son los tres muy anticuados; deberían haber nacido en nuestro tiempo para que pensarsen de otra manera y NO PRESCRIBIESEN ABSURDOS.

Porque, claro, es un absurdo lo prescrito por Dios, Cristo y San Agustín, ya que los mandamientos van dirigidos a todos los hombres y a todos los tiempos; lo enseñado por Cristo, también lo predicó para que por intermedio de sus apóstoles y más tarde los demás cristianos de modo especial los sacerdotes, LO IMPUSIESEN A TODOS LOS HOMBRES DE TODOS LOS TIEMPOS: id y mandad observar A TODOS LOS HOMBRES, TODO cuando Yo os he enseñado; y Yo estaré con vosotros HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS; y lo del Aguila de Hipona —que aunque águila que se remontó en raudo vuelo por encima de los tiempos, era, sin embargo, hombre— no se le alcanzó (?), como a Cristo y al mismo Dios, lo que iba a progresar el hombre; que iba a vencer muchas enfermedades, descubrir mundos, dominar los espacios, poner sus pies en la luna, intentar otras proezas insospechables y hasta pregonar un día QUE DIOS HABIA MUERTO. Y claro, dándose a Dios por muerto, por muertos deben darse todos sus mandatos anticuados para unos tiempos tan llenos de prodigios, y no digamos de esperanzas y promesas. Así parecen pensar cuantos quieren echar por tierra todo cuanto ha venido del cielo, porque sólo lo que del cielo viene, puede ser inmutable. El hombre nada puede empeorar; de ahí que en su insensatez pretende no hacer comempeorarse; de ahí que en su insensatez pretende no hacer competencia a Dios, sino derrocarlo, ridiculizando todo lo que ha mandado para todos los tiempos.

Es por eso que si Dios hizo unos vestidos de pieles para nuestros primeros padres Adán y Eva, que se avergonzaban de verse desnudos, aunque nadie los veía ni los podía ver; hoy, siguiendo el progreso y el no hacer caso de cosas pequeñas —NI GRANDES y mucho menos de pecados— ya se ha puesto en práctica aquella frase SATANICA —porque Satanás con su tentación en el paraíso hizo que pecando se encontrasen desnudos— de el Gran Kahal de Nueva York, cuando en 1918 dijo: *«Hay que desnudar a la mujer y prostituirla, y a través de ella corromper a los perros cristianos.»* Nuestros enemigos reconocen la corrupción que han provocado con la desnudez, y nosotros hemos de ser tan ciegos que ni siquiera veamos esta corrupción por el nudismo, que si en principio fue consecuencia del pecado, hoy es su causa. «¿Y quién te ha hecho saber —dijo Dios a Adán— que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol que te prohibí comer?» Pero, claro, hoy, como ya se ha desterrado el pecado, como ya no se quiere creer en él, aunque todos volvamos a la desnudez, nadie se enterará; sin embargo, cuando la mujer se desnuda y sale a la calle, no es precisamente porque o para que nadie la vea, sino todo lo contrario; ¡cuántas veces no saldría tan al descubierto si nadie la hubiese de ver! ¿No podríamos incluso decir de muchísimas que su propósito al desnudarse o vestirse con tan poquísima ropa es no sólo que las vean, sino hasta que las deseen? Y con esto no sólo ellas pecan, sino que será fácil de que muchos otros vengan a ser víctimas de ese deseo condenado por el NONO MANDAMIENTO. Pecado que aunque los hombres lo tengan por nulo y anticuado, cuando todos los presentes desaparezcan de la mente de los vivos y después de muchos siglos más será ese mandamiento tan nuevo, tan novísimo, que tendrá parte muy importante entre los «NOVISIMOS» al fin de los tiempos.

Pues como muy bien respondió Cristo al joven que le preguntaba: ¿Cómo alcanzar la vida eterna? Con la observancia de los mandamientos, fue su contestación. Y estos mandamientos abarcan no sólo los hechos que se preceptúan o prohíben, sino también los deseos que se condenan por el NONO, del que hoy hablamos o el décimo, del que nos ocupamos en otro artículo junto con el séptimo No queramos, pues, reducir los mandamientos de la ley de Dios a uno solo, el amor del prójimo, ni siquiera a los de que el mismo Cristo nos habla; a no ser, comprendiendo estos dos, todo lo que perfectamente está incluido en ellos y que de algún modo lo hemos dado a conocer a lo largo de estos quince artículos que hoy terminamos, haciendo ver cómo realmente son muchos, muchísimos los que necesitan de una verdadera conversión con relación a cada uno de ellos. El Año Santo está abierto. Su finalidad, según el Santo Padre, es ésa: LA RECONCILIACION, LA CONVERSION. EL EXITO, según el Papa, DEPENDE DE LA SANTISIMA VIRGEN. No neguemos nuestra colaboración. Para eso nos lo dice el mismo Pablo VI, DEBEMOS REZARLE E INVOCARLA.

"SACERDOTES Y GARABANDAL"

Por FR. JESUS MARTINEZ DE ABIA

Ante el Mensaje que se anunció por medio de las jóvenes videntes en el año 65 sobre el extravío de algunos sacerdotes «que arrastrarían con ellos a otras almas» (el que esto escribe se rebelaba entonces a creer semejante idea, sobre todo en su relación con el marxismo), cierto número de sacerdotes, especialmente de Santander, se molestaron, dándose por aludidos, y promovieron así una campaña de descrédito contra las niñas y la causa de Garabandal, que hizo mella en muchas buenas gentes, e incluso entre otros sacerdotes de más recta conciencia y buena voluntad de servicio a la verdad.

Había que atribuir tales manifestaciones a cualquier otra causa, menos a lo sobrenatural del poder de Dios y de su Santa Madre...

El prototipo de aquella ridícula postura fue aquel sacerdote que dijo en la misma aldea ante la gente: «Yo en esto no creeré, pase lo que pase»...

Hemos visto, pues, que fue preciso que pasara el tiempo y algunos hechos confirmaran lo anunciado para ver también cómo algunos sacerdotes que aún mantienen su propia dignidad sacerdotal y humana comienzan a considerar con más reflexión, inteligencia y sensatez la causa que al principio rechazaron o de la que dudaron por solidarizarse con los más exaltados oponentes.

Y al darse cuenta con gran pena de cómo algunos hermanos en el sacerdocio han preferido seguir las voces de sirena por la novedad de los falsos pastores y profetas, cansados, como decía San Pablo, cansados de la perenne y sana doctrina enseñada por el Magisterio del sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo, estos más íntegros sacerdotes de ahora no podrán menos de preguntarse: ¿No estamos llegando ya al paroxismo de la irresponsable rebeldía contra las irrebatibles enseñanzas del Espíritu de Dios y la autoridad del Papa?

Cierto que en todos los posconcilios se dio algo de esto, casi siempre apoyados en un falso humanismo... ¿Qué extraño es que se dé en nuestro siglo XX que ya declina corroído por tanta decadencia moral?

¡Ay, el anuncio de las videntes de San Sebastián de Garabandal!...

Cómo se da cuenta el pueblo católico español de que, en efecto, ahora precisamente «algunos» sacerdotes, teniendo a menos su propia dignidad como pastores responsables y guías de almas, servidores del Evangelio, la «sal de la tierra» como Cristo les designó, que por su propia inteligencia y ayuda de la gracia podían ser luz para guiar al pueblo de Dios hacia su futuro destino glorioso, sin dejar por eso de procurar cumplir caridad, justicia y promover la paz con la libertad de los hijos de Dios, en lugar de estos bienes (vuelvo a decir sólo «algunos») se han dedicado a despotricar contra la autoridad de la Madre Iglesia, contra la de algún gobierno para promover el caos, a teologuizar sobre lo que no es Dios...

Alguno se ha atrevido incluso a escribir irresponsablemente contra el magnífico libro del «KEMPIS», del que tanto provecho espiritual sacaron incontable número de cristianos. Alguno incluso se ha atrevido a escribir contra la misma Madre de Dios y nuestra frases injuriosas o dudosas que son deprimentes. ¿Puede obrar así un hijo bien nacido?

Con motivo de las manifestaciones en Garabandal y aludiendo también a la Señora en Fátima, alguien se atrevió a escribir frases de malévola intención como ésta: «¿Pero qué clase de Virgen es esa que siempre viene a anunciarnos males y castigos?»

Es indudable que quien no esté muy afianzado en la fe y el amor a la Señora, eso le puede ocasionar desconcierto si no sabe discernir.

Considerándolo a la misma luz del caso Garabandal, iremos viendo la sinrazón de quien pronunció esa frase. Esto lo trataremos, Dios mediante, en el próximo artículo.

MAS COSAS DE MALLORCA

En nuestra isla no salimos de sorpresas, siempre desagradables, a causa de tantos atentados y expolios como vienen cometiéndose en los templos por ciertos regentes liquidadores. Como si se burlasen de todo lo que afecta a la santificación de las almas, aman más el servicio con que se lucran en hoteles, agencias de viajes, gestorías, etc., que desempeñar debidamente las obligaciones propias de su ministerio. Se lo dijo a determinado «liquidador», por teléfono, un digno capellán castrense: «Menos repartir butano y más sentarse en el confesonario.» Y lo triste es que la Comisión diocesana de Arte Sacro permanece en silencio con un dedo sobre la boca. Concretamente, vea el lector la «Carta abierta» que publicaba «Hoja del Lunes» del 4 de junio anterior:

¿UNA PARROQUIA EN LIQUIDACION?

Hemos recibido la siguiente carta, con el ruego de que sea publicada en nuestro semanario.

La viva impresión y hasta la indignación que ayer, sábado, día 2, causaba el puesto ocupado, en el rastro de esta ciudad, por el chatarrista (gitano) don Arsenio Giménez, quedan de manifiesto en la siguiente lista de objetos religiosos, procedentes de la Parroquia de Santa Catalina Thomás:

Seis candelabros de altar (negros), de unos 80 cm.
Seis candelabros de altar (dorados), de unos 80 cm.
Seis candelabros de altar (dorados), de unos 80 cm.
Seis candelabros de altar (de madera), de unos 40 cm.
Seis candelabros de altar (de metal), de unos 50 cm.
Dos ciriales, con su respectivo soporte.
Dos candelabros de tres brazos (dorados).
Dos candelabros de tres brazos (marfil).
Dos candelabros de seis brazos (metal)
Dos credencias de altar (aparadores rinconeros).
Marcos de sacras.
Cuatro candelabros negros de unos 120 cm.
Dos columnas de altar.
Cuatro columnas de madera para macetas.
«Nube» para al exposición del Santísimo, por la cual el señor Giménez pedía seis mil pesetas.
Una imagen de San Juan Bosco.
Dos imágenes del Sagrado Corazón de Jesús.
Dos crucifijos.
Dos linternas de viático.
Dos soportes de ciriales.
Un cuadro de San Francisco de Asís (reproducción de Murillo).
Un cuadro de María Auxiliadora.
Dos soportes de hierro forjado para velones.
Una hornacina con una imagen del Sagrado Corazón de Jesús.
Dos paraguas de viático, de seda natural, con incrustaciones de marfil (siglo XVIII).

Todo comentario sobre aquel tristísimo y deplorable espectáculo, reflejo de la lamentable decisión tomada por quien rige la referida parroquia, no haría más que paliar la gravedad del hecho y, tal vez, desvirtuar el claro sentido antirreligioso, antiartístico, antihistórico y netamente ingrato de la expoliación de que ha sido víctima aquella iglesia parroquial, muchos de cuyos objetos expuestos ayer en el rastro daban allí mismo testimonio de los desvelos de un difunto párroco ejemplar y de la caridad de los fieles, al propio tiempo que pedían ser restituidos.

Palma de Mallorca, 3 de junio de 1973.

JAIME FORTEZA ROCA, Pbro.

Después de leer tan deplorable documento surgió en nuestra mente el recuerdo del reverendo don Francisco Jaume, fundador de la parroquia de Santa Catalina Tomás, quien, mientras edificaba con celo y ejemplaridad sacerdotales a su inmensa feligresía, levantó a fuerza de sacrificios el templo parroquial y adjuntas dependencias y lo dotó, con limosnas y donativos, de todo lo necesario para el culto. Si don *Francesc tregués es cap*, si ahora se levantase del sepulcro, indudablemente volvería a morirse del disgusto.

UN PALMESANO

Para algunos clérigos de la pastoral moderna

En la «Hoja Dominical» de Barcelona del domingo 3 de junio, en la última página, «ACTUALIDAD RELIGIOSA», dice:

LOS OBISPOS POLACOS PIDEN A SUS FIELES QUE SE OPONGAN AL ATEISMO DEL REGIMEN. Los obispos de Polonia han urgido a la nación para que resista al ateismo oficial que impone diariamente el régimen comunista a través de los medios de comunicación social, las escuelas y canales de la vida económica y social.

¿No te parece, lector, que algunos clérigos españoles podrían ir a «pastorear» a Polonia para estar en su medio ambiente, y los de Polonia que viniesen a España y serían muy felices?

UN SACERDOTE

— NO HAY DIALECTICA NI SOCIOLOGIA SIN DIOS.
— NO HAY UNIDAD NI PAZ EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS SIN DIOS.

POR ESO:

— EN "¿QUE PASA?" NO SE HACE MAS POLITICA QUE LA DE DIOS.

DICHOS Y HECHOS

Por Teodosio DEL VALLE

Se agolpan semanalmente los que acucian nuestra atención e interés. En la actual resalta la nota oficial dada por el Gobierno después de su primera reunión. Toda la prensa la ha comentado, cada uno según su óptica particular: Los democristianos y demoliberales, desde sus órganos de presión, invitando a los gobernantes a seguir el camino que sus intereses políticos y económicos les han trazado, enmascarándolos con un asentimiento fingido. No podían faltar las de ¿QUE PASA? En pocas líneas, ha ilustrado el presente y el futuro un editorial: «*Oleadas persistentes de rumores apestosos... Evidentemente, las fuerzas del «Pacto para la libertad» se frotaban las manos de gusto. Iniciaban su avance con más peligrosidad que nunca. Antes no tenían cura. Ahora tienen hasta obispos.*» La pincelada es magistral.

Nosotros queremos destacar tres puntos del programa:

LA JUSTICIA SOCIAL.—En nuestra modestia, empujamos al Gobierno en este camino de acelerarla cuanto las circunstancias económicas lo permitan. El capitalismo liberal o democristiano *nunca* patrocinará un Régimen nacido con las características del 18 de julio y le traicionará en cuanto pueda.

LA REIVINDICACION DE GIBRALTAR, continua, unánime, progresiva, indefectible, incondicionada, a contrapelo de mejoras materiales o económicas, sin subordinación a otros planteamientos o acuerdos. Nos faltan las razones de la fuerza; pero tenemos muchas fuerzas de la razón; utilicemos todas escalonada y progresivamente. Las que nos da el Tratado de Utrech, cuyas cláusulas no se han aplicado en su totalidad; las que pone en nuestras manos la ONU, a pesar de su ineficacia actual; las que se encierran en nuestra posición estratégica, que hemos de valorar y utilizar.

Jamás Inglaterra nos cederá la plaza por las buenas. Ya Alfonso XIII propuso la cesión con un arriendo perpetuo por *una libra esterlina anual* (¡!), y como a todos los gobernantes españoles, monárquicos o republicanos, liberales o conservadores, le dieron con la puerta en las narices. «Caería como una fruta madura»; pero hay que acelerar su caída, atacando la raíz del árbol, dejándole sin el agua fertilizante.

EL DINERO.—Cuanto más ataquemos el bolsillo de los ingleses y los de sus «mascarones», contrabandistas y mercachifles importados por aluvión de los peores estamentos foráneos, más fácil será que se despojen de lo que hasta ahora para ellos ha sido «UN CHOLLO». Por nuestra parte, sepamos valorar la importancia del Peñón, llave del Mediterráneo, más vital que Malta, Creta, los Dardanelos y Suez. Si la base de Islandia es considerada por la OTAN como clave de vigilancia en el Norte, ¿qué valor merecerá Gibraltar y toda la península Ibérica, verdadero bastión de la Europa occidental, por los Pirineos, los Balcanes y toda la costa oriental y sur? Por algo Estados Unidos sacrifica muchas ideas políticas en aras de la base de Rota. Sepamos aprovechar este peso específico a nuestro favor en el platillo de la balanza internacional. Y recalcamos estas observaciones de cara exclusivamente a la opinión pública del pueblo español.

El tercer punto que queremos comentar es el binomio IGLESIA-ESTADO. ¡Qué magníficas palabras emplea el Gobierno para expresar su posición! ¿Qué nación en el mundo, ni Italia, sede del Vaticano y gobernada desde hace muchos años por la democracia cristiana, se muestra tan adicta a la Iglesia? ¿Echarán en saco roto estas manifestaciones los curiales vaticanistas, por mucho desafecto que guarden en sus corazones? El Gobierno se moverá siempre por «*su afecto filial a la Iglesia*». ¿Se puede decir más en menos palabras? Pero —argüirá algún «amigo» (!) del Régimen— no renuncia al privilegio de presentación para obispos. — De la Iglesia dependen, contestamos. ¿Qué otra nación no hubiera denunciado ya el Concordato, que sólo beneficia la impunidad de ciertos clérigos?

Recientísimamente vemos a la justicia laica atada de pies y manos ante la negativa episcopal para enjuiciar a algunos de sus clérigos. Lo mismo que con la elección libre de obispos auxiliares se vulnera el «espíritu del Concordato», con la negativa episcopal se contradice e inutiliza su articulado. Ni la Iglesia, ni el Estado, al señalar el *previo permiso* del Ordinario para enjuiciar a un clérigo, presunto delincuente, defendían *su impunidad*. Sólo querían salvaguardar la dignidad y autoridad eclesiástica. ¿Cómo puede imaginarse ninguna jerarquía civil o eclesiástica una negativa cerrada que se convertiría en patente de corso o coraza invulnerable para toda delincuencia? Sin embargo, ésta es la realidad hiriente.

Hemos dicho en ocasiones anteriores que la negativa episcopal no cierra el camino a la justicia. ¡Sería un absurdo! Es un trámite previo, que llevado correctamente abre la puerta a otros procedimientos ulteriores cerca de personas e instituciones más elevadas en la Jerarquía y, en último término, hasta las personas contratantes y firmantes del Concordato. ¿Lo hace la autoridad civil? ¿Con qué resultado? Lo ignoramos; pero el simple hecho de no denunciar el acuerdo en caso infructuoso revela la *inmensa paciencia* del perjudicado.

Tenemos nuevo Gobierno y nuevo embajador. La buena voluntad de éstos se manifiesta en sus palabras, continuadoras de la política anterior: «Mutua independencia y leal colaboración.» Los hechos demuestran que el Gobierno *pacientemente* espera ambas cosas. Lo hemos evidenciado en nuestros largos comentarios al Documento asambleístas. Si, según su texto, el obispo diocesano se *arroga inapelablemente* el derecho exclusivo de juzgar si la predicación es o no conforme a la evangelización, huelga toda negociación, y hará muy bien el Gobierno en romper el nudo gordiano. ¡Hechos irrefragables le dan toda la razón! Es irracional ese clericalismo desbordante, además de ser nefasto para la Iglesia, pues ésta debe estar interesada en que judicialmente, públicamente, se vea clarificada la inocencia o culpabilidad de sus clérigos. No puede seguir siendo España *la única excepción* del mundo entero. En Francia, cuando unos vascos franceses y españoles se encerraron en la catedral de Bayona, los gendarmes entraron y los desalojaron con bombas lacrimógenas y de humo. En España se les regala un desayuno y se les paga un taxi para marchar a sus domicilios. Y no es esto sólo, sino que se les reúne para adoptar decisiones contra las anunciadas elecciones y se les avisa el momento de su salida por pequeños grupos y distintas puertas para despistar a la Policía. (No es que hayamos soñado.) Acabamos de leer la homilía del arzobispo de Pamplona y sus auxiliares.

• Por último, queremos comentar la *diligencia* de prelados, como Bujarraix en Zamora, en denunciar la homilía del muy ilustre Magistral de su Catedral, quien reaccionó dignamente ante las prédicas mariológicas del jesuita Llanos y su *prohibición* «de cualquier tipo de publicación que se refiera a temas de fe y costumbres cristianas, así como a las opciones actuales de carácter pastoral de la Iglesia, especialmente a las emanadas de la Conferencia Episcopal Española».

Como no somos *diocesanos suyos*, no nos alcanza dicha prohibición. Pero ¿no hemos quedado que en la Iglesia postconciliar el Pueblo de Dios es ya ADULTO en la fe? ¿No ha recomendado el Papa que se *autodefienda* ante la demolición interna a cargo de los que precisamente están constituidos para su defensa? ¿No vivimos en un pluralismo religioso opcional? Si se *contestan* por los progresistas las mismas encíclicas papales, ¿no nos será dado a los «inmovilistas» (?) comentar las *opciones* de *algunos* obispos en su última asamblea? ¿Son dogmas de fe sus asertos, como las definiciones tridentinas, tan *contestadas sin reprobación episcopal*? Si la Congregación Romana del Santo Oficio fue o es tan recriminada hasta por cardenales, ¿no podrá un simple sacerdote o un laico *adulto* tachar esa prohibición de *inquisitorial*, atentatoria de la libertad de opinión y conciencia y de la dignidad humana? ¡Mayor comprensión, señor obispo, que su lema en Zamora era «¡Adelante!», y eso es uno o muchos pasos atrás!

Se habla mucho de *reconciliación* como lema del Año Jubilar. Si las conferencias del jesuita Llanos en Zaragoza (censuradas en el acto por el arzobispo) se han de «estudiar teniendo en cuenta el género literario y en el fondo son una exhortación parenética», ¿por qué se nos va a prohibir a los demás usar el *género literario* y la *exhortación parenética* que más nos acomode, aunque sea diametralmente opuesta a la «llaneza» del jesuita?

Eso mismo se hizo con la conferencia en Bilbao por un jesuita, refutación de un libro de otro ex jesuita. Gráficamente lo calificó ¿QUE PASA? en lenguaje futbolístico *dos tantos a cero*. Si se excomulga a los que ataquen a curas lenguaraces y se inmuniza a éstos con el palio concordatario, si se *desnombra* a párrocos eminentes para *nombrar* a otros de color opuesto, por mucho que se hable de *reconciliación*, la verdad es que se trata de *absorción*.

La ciencia y la obediencia

Por TEOFILO

SONETO

Eva y Adán comieron la manzana,
fruto del árbol de la mala ciencia;
y DIOS, que siempre exige LA OBEDIENCIA,
sentó la mano a la pareja humana.

Con el castigo se les fue la gana;
y al perder, por su culpa, la inocencia,
comprendieron la enorme trascendencia
de OBEDECER A DIOS de buena gana.

Ya poco importa el fruto del manzano;
y podemos comerlo sin medida,
sin miedo a que nos siente DIOS la mano.

Que hoy la inocencia, como ayer, perdida,
no la recobra nunca el ser humano
SIN COMER BIEN A DIOS, QUE ES NUESTRA VIDA.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos farsantes! Que pagáis el diezmo de la hierbabuena, del anís y del comino, y habéis descuidado lo más importante de la Ley, el justo juicio, la misericordia y la buena fe (252). Mt. 23, 23.

"Una devoción para los últimos siglos"

Por M. M. E.

Celebramos este año el III centenario de la elección que hizo el Señor de Santa Margarita María de Alacoque, religiosa salesa, para apóstol de la devoción a su Divino Corazón en todo el mundo y en los últimos siglos de la historia. Ello ocurrió en la fiesta del *«discípulo amado»*, San Juan Evangelista, 27 de diciembre de 1673, en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial (Francia).

El Santísimo Sacramento está expuesto, y Margarita, arrodillada en el coro bajo, lo adora con profundo recogimiento. De pronto se le muestra el Señor y siente que le hace reposar en su divino pecho; así, por largo rato, el Señor le descubre *«todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón Sagrado que siempre le había tenido ocultos hasta entonces»*. Le oye decir que El, en su infinito amor a los hombres, quiere revelarles de nuevo su amor para hacerlos luego participantes de sus riquezas; que El quería ayudarles a obtener su salvación y preservarlos de la condenación eterna. Margarita María debería colaborar en la realización de este plan. *«Te he elegido como un abismo de iniquidad y de ignorancia, a fin de que todo sea obra mía.»* El Señor le pide el corazón, y ella le suplica que lo tome. Lo toma el Señor y lo introduce en el suyo divino, sacándolo luego convertido en una llama de fuego de amor. Devuelve el corazón a Margarita, *«y por señal de no ser pura imaginación la grande gracia que acabo de concederte y si fundamento de todas las que te he de hacer aún, te quedará para siempre el dolor de tu costado* (así fue, efectivamente), *aunque he cerrado yo mismo la llaga; y si tú no te has dado hasta el presente otro nombre que el de mi esclava, yo te doy desde ahora el de* DISCIPULA MUY AMADA DE MI SAGRADO CORAZON.»

En los primeros días del año 74 se le aparece de nuevo el Señor, mostrando ahora en su pecho el Corazón como en un trono de llamas, con la llaga abierta, rodeado de una corona de espinas y culminando en una cruz. Jesucristo dice a su discípula amada que, impelido por su inmenso amor a los hombres y deseo de salvarlos, quiere extender por todo el orbe la devoción a su Corazón Sagrado, lo cual es *«uno de los últimos esfuerzos de su amor para arrebatar a los hombres del poder de Satanás en estos últimos siglos»*. Quiere que su Corazón Divino sea venerado bajo la figura del Corazón corpóreo y que esa imagen se exponga y lleve cada uno sobre su corazón. El sabrá recompensarlo sin medida.

En la tercera gran aparición, junio del mismo 74, Jesús, mostrando bien visible su Corazón, se queja amargamente de la ingratitud y desprecio de los hombres a su amor: *«Esto me es mucho más sensible que cuanto he sufrido en mi Pasión, tanto que, si me devolvieran en retorno algún amor, estimaría en poco todo lo que hice por ellos, y querría hacer aún más, si fuera posible, pero no tienen para corresponder a mis desvelos más que frialdad y repulsas. Tú, al menos, dame el placer de reparar su ingratitud lo más que puedas hacerlo.»* Le pide entonces la Hora Santa de cada jueves, de once a doce de la noche, y la comunión de los primeros viernes de mes.

La cuarta gran aparición fue un día de la octava del Corpus del año 75, cuando Margarita adoraba al Santísimo Sacramento expuesto. *«Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres hasta agotarse y consumirse por mostrarles su amor, y en torno no recibo yo de la mayoría de ellos más que ingratitud con sus irreverencias y sacrilegios, con su tibieza y el menosprecio con que me corresponden en este Sacramento del Amor. Pero lo que más me duele es que también los corazones que me están consagrados me tratan así.»* Y le pide la institución de la fiesta litúrgica de su Corazón Sagrado para el viernes después de la octava del Corpus; que los hombres comulguen en tal día y hagan un acto de desagravio por los pecados que se cometen con la Eucaristía mientras está en el altar.

Otras muchas veces se apareció el Señor a su «discípula amada» y apóstol de su Corazón Divino, ya trayendo algún mensaje particular, ya más frecuentemente promulgando las grandiosas promesas de bienes a los devotos y propagandistas de esta devoción.: Todos los que vivan consagrados a este Corazón Divino se salvarán; El derramará abundantes bendiciones en los lugares en que su imagen expuesta sea honrada y amada; unirá a las familias desunidas y asistirá a las que se vieren en alguna necesidad; infundirá copiosamente la caridad en las comunidades religiosas que se le consagren y le honren, y, si estaban decaídas de su primer fervor, desviará los golpes de la justicia divina, y...: *«Yo te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá a todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final: que no morirán en su desgracia ni sin recibir los sacramentos, siendo su refugio seguro en este último momento.»*

El amor y toda la vida psicológica íntima de la persona tiene en el corazón de carne un especial centro de resonancia y un símbolo. Precisamente, es tomado universalmente como símbolo —y muy expresivo— porque es centro de resonancia. En esta devoción el corazón de carne de Jesús es *elemento esencial*, pero no el principal; porque el principal es el amor del Verbo encarnado a los hombres, con toda la vida interior y la obra redentora derivadas de ese amor.

De tres maneras podemos tomar el corazón: como cosa, como cosa que simboliza algo y como puro símbolo o mera palabra dibujada. Aquí se toma en el segundo sentido.

En las primeras décadas siguientes a Santa Margarita algunos autores acentuaron el papel del corazón corpóreo en general, creyéndolo no sólo especial centro de resonancia de nuestra vida íntima, sino órgano que él mismo ama y padece. Obraba en ellos un saber fisiológico poco exacto y anticuado. *«He aquí dos escollos que se han de evitar* —dice atinadamente el padre Bainvel, S. J.—: *el de referir la devoción a una fisiología inexacta, y el de no ver en el Corazón de Jesús más que un emblema, un puro símbolo, sin relación vital con la vida real de Jesús. El primero ha sido el escollo del pasado; el segundo podría ser el del porvenir, si no se pusiera atención en ello.»* («La dev. al Cor. de Jesús», cap. 1.°, art. 6.) En este escollo del porvenir han tropezado hoy algunos, confluyendo más o menos advertidamente en la corriente gnóstica que niega la verdadera encarnación del Verbo o una verdadera resurrección de su carne.

«Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.» Es el corazón de carne lo que el Señor señalaba cuando dijo: *«He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres...; tú, al menos, ámame.»* Se trata aquí de tornar un amor apasionado a Jesucristo, que me amó primero, y consagrar persona y vida a su servicio y gloria, y hacer que todos sepan y amen al Amor que se hizo hombre y padeció por ellos, y desagraviarle por tanto olvido y desprecio, y ver todo su amor y redención al través de su Corazón de carne, no sólo porque éste es símbolo universal y expresivo del amor, sino principalmente PORQUE LO HA QUERIDO JESUCRISTO. Observa certeramente el padre Schwendimann, S. J.: *«Está bien, pero es poco, decir que el corazón de Jesús es por sí mismo digno de veneración, y que, por lo tanto, es razonable venerarlo al venerar el amor del Señor; pues en esta devoción el corazón,* POR VOLUNTAD EXPRESA DEL SEÑOR, *tiene una función y la misión de atraer de un modo particular la atención hacia el amor del Salvador. Y cuanto más en olvido cae su amor, más importante es el papel a desempeñar por este símbolo —el corazón de carne— del amor del Señor.»*

«Si alguno no ama a Jesucristo, sea anatema.» (2 Cor. 16, 22).

Los que quieran entrar por esta devoción, tan predilecta de Jesucristo, los que sean tibios se enfervorizarán, los que sean fervientes se elevarán a gran perfección; lo ha prometido El. ¿Pensaremos que exageraba Pío XI cuando dijo que vivir la devoción al Corazón de Jesús es la manera más perfecta de vivir el cristianismo?

(Continuará.)

NO "EN CLAVE", SINO EN CRISTIANO

Por TEOFILO

(DOMINGO DE PENTECOSTES.—EL ESPIRITU SANTO desciende, en lenguas de fuego, sobre los APOSTOLES; y los extranjeros de todos los países, reunidos en Jerusalén, les oyen hablar, cada uno en su propia lengua. Y en tiempos del antipapa español Pedro de Luna, SAN VICENTE FERRER, predicando EN VALENCIANO, se hacía entender de todos los extranjeros, y convertía a millares de herejes, cismáticos y pecadores obstinados en España, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y Países Bajos, lo cual prueba, evidentemente, que sin milagro no era posible que se dejase entender de tantas y tan diferentes gentes y naciones.)

SONETO

Con clara sencillez en su lenguaje,
sin símbolos ni afán «MILAGRERISTA»
(como hoy quiere hacer ver un «PROGRESISTA»)
SAN LUCAS dejó escrito su mensaje.

No hay nadie que en ser claro le aventaje;
que, aunque APOSTOL no fue, fue EVANGELISTA;
y aunque no fue tampoco periodista,
nos legó UN VERDADERO REPORTAJE.

Todos en lengua galilea hablaban;
y hasta griegos y egipcios entendieron
las grandezas de DIOS, que proclamaban

FUE UN MILAGRO REAL; y no quisieron,
ni SAN LUCAS ni los que le informaban,
DECIR «EN CLAVE» LO QUE NO DIJERON.